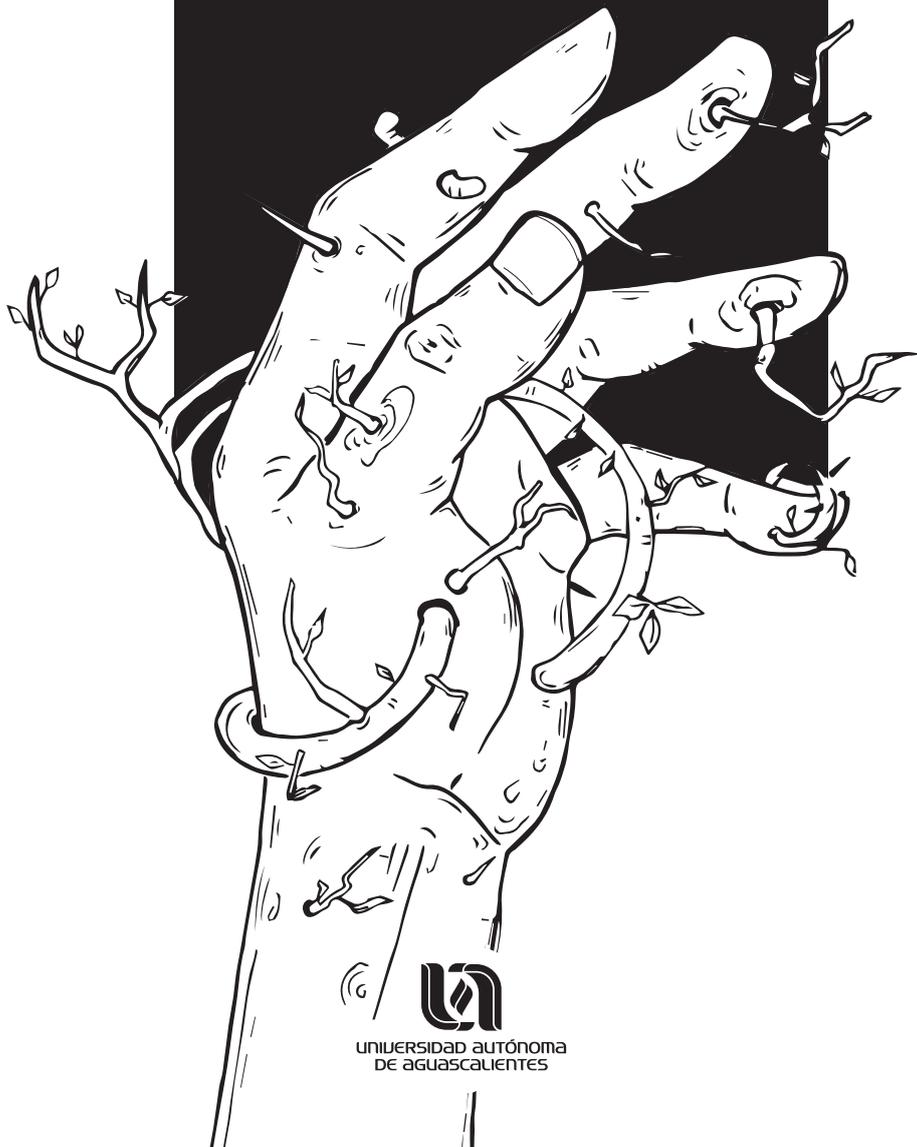


ATLAS DE ENFERMEDADES RARAS Y FANTÁSTICAS DE LA PIEL

CUENTOS DE AMOR, TERROR, PIEL Y UÑAS

Adameck Abraham Hernández Collazo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ATLAS
DE ENFERMEDADES
RARAS Y FANTÁSTICAS
DE LA PIEL

CUENTOS DE AMOR, TERROR, PIEL Y UÑAS

ATLAS DE ENFERMEDADES RARAS Y FANTÁSTICAS DE LA PIEL

CUENTOS DE AMOR, TERROR, PIEL Y UÑAS

Adameck Abraham Hernández Collazo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

ATLAS DE ENFERMEDADES RARAS
Y FANTÁSTICAS DE LA PIEL
CUENTOS DE AMOR, TERROR, PIEL Y UÑAS

Primera edición 2024
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100
editorial.uaa.mx/
libros.uaa.mx/

Adameck Abraham Hernández Collazo
Beatriz Azucena Aguayo Vargas (ilustradora)

ISBN 978-607-8972-39-5

Hecho en México / *Made in Mexico*

Agradecemos a Laboratorios Bioderma por su generoso patrocinio para la impresión de este libro, su apoyo ha sido fundamental para hacer posible esta publicación.

BIODERMA
LABORATOIRE DERMATOLOGIQUE

 N A O S

ÍNDICE

Prólogo	11
Tricotilomanía	17
Vitiligo	23
Ritides	27
Eccema numular	33
Acné	43
Herpes simple	49
Lentigo solar	55
Hiperhidrosis	61
Costra	67
Livideces	73
Lepra	79
Pediculosis	85
Pediculus corporis	91
Pediculosis pubis	95
Tilosis	101
Pitriasis alba	107
Verrugas vulgares	115
Músculo piloerector	121
Hipotálamo	127
Poliosis	139
Melanoma	145

PRÓLOGO

Querido lector:

“¿tú conoces el mar?

*Dicen que es menos grande y menos hondo
que el pesar.*

*Yo no sé ni por qué quiero llorar:
será tal vez por el pesar que escondo,
tal vez por mi infinita sed de amar”.*

Ramón López Velarde

Conocí a Adameck en un entorno fuera de la enseñanza de las letras cuando era incipiente estudiante de Medicina y justo como lo visualicé: es un referente en el ramo de su profesión y tiene talentos que, combinados con su quehacer médico, crean el ecléctico resultado que hoy tienes en tus manos. Este es su primer libro en solitario (previamente ha participado en antologías como ganador en concursos de narrativa de la Fundación Juan Rulfo y Fundación Elena Poniatovska) y me atrevo a asegurar que en este *Atlas* te sumergirás en un viaje ambivalente entre el horror de las *enfermedades raras* y la maravilla de las *fantásticas* expresiones literarias que, a través de

su exquisita genialidad, nos entrega nuestro autor y provocan la estimulación instintiva de un *kaif*: que “se te ponga *la piel chinita*”. Es un fascinante viaje que invita a la inmersión y el involucramiento con sus protagonistas, sus padecimientos y los anhelos de su corazón o de su ego: alcanzados, perdidos, ansiados y frustrados, o no.

Esta obra está diseñada para disfrutarse por tres tipos de lectores. Por un lado, el lector avisado en el área de la medicina encontrará los textos plagados de referencias a procesos anatómicos y mórbidos de la piel humana, por ejemplo, en “Lepra” hallará referencias sobre características clínicas, secuelas y el ambiente histórico de la enfermedad; por otro, el lector más experto en el área literaria observará a través de la superposición de planos, a modo de cambios en tiempos verbales, las emociones del protagonista: transitando la incertidumbre de su diagnóstico, la paz en la muerte y la tristeza en su nueva vida. Finalmente, el lector primerizo disfrutará de un texto tétrico e interesante, con tintes de terror y amargura.

El autor nos presenta cómo a partir de un proceso tan humano como la enfermedad experimentamos emociones, en especial dos: el amor y el miedo. Los cuentos de amor distan de ser románticos y lo viven de una manera real, a través de narraciones en ambientes imaginarios, pero cotidianos. Así aparece Paco, un novio sustituto y monstruoso, como resultado de una locura provocada por el abandono, mientras la tía Carmen intenta olvidar (como muchos) el dolor del desamor o su avanzada edad con cataplasmas de papa, porque “los humanos como ella prefieren olvidar aquellos recuerdos que en algún momento los hicieron felices...” o cómo Juan Sebastián, a pesar de las peripecias provocadas por un prominente acné, conoce el calor del hogar en el abrazo de Irene, la mujer barbuda, y en “la alegría de lo inexacto y en su familia creada”.

Poco a poco, en las narraciones se van desenmarañando las emociones relacionadas con el amor: como cuando dejas de

ponerte nervioso y sudar cuando terminas de idealizar un reencontro o descubrir que se ha compartido con un viejo amante algo más que un herpes en los labios. La paz del amor cotidiano y del enamoramiento genera un placer indescriptible que eriza los vellos de los brazos desde el músculo piloerector, la misma paz que genera el saberse dichoso de sentirse libre después de un amor completo, marcado por el trabajo en pareja y, finalmente, el amor propio al despedirse de una relación dependiente...

Adameck explora de manera muy creativa distintos escenarios cotidianos del amor a través de la piel de sus personajes. El miedo, en cambio, se manifiesta al acecho en algunos cuentos de este fantástico *Atlas* en distintas modalidades, desde las grotescas mordidas de los duendes que crean los mezuquinos en los dedos de un carpintero hasta el terror cósmico producto de los asesinos piojos de la cabeza y los piojos del cuerpo que han “visto a grandes humanos caer por la venganza, la envidia, el apego y el deseo y han protegido al hombre desde los tiempos antiguos”.

Por su parte, entre el infortunio, la añoranza y la certeza, Greta escribe una carta de incertidumbre y esperanza donde nos cuenta el fatídico destino de Nicodemo, quien por ambición está dispuesto incluso a perder la vida, con tal de aprovecharse de “la capacidad de hacer monedas de oro dibujándolas en piel humana”; la tía Martha revela cómo los gatos pueden cumplir tus deseos... aunque el amor de tu vida no te haya elegido a ti y el sol –o el dolor– hayan marcado para siempre tus manos y tu rostro... Estos y muchos otros gratos momentos con los que te encontrarás durante toda la lectura.

Desde donde he transitado esta aventura lectora, puedo decir que leer cada uno de estos cuentos podría llevarte a ver reflejados pequeños fragmentos de tu historia como destellos resplandecientes de un dorado atardecer o, como fue para mí en un acto de empatía y compasión, conectar con tu sensibilidad más pura y sentir un extenso *kaif*: “un placer elemental y simple [...] que

otorga la paz del equilibrio, [como] el de cenar en casa acompañado y saber que estás a salvo; el goce de lo básico y sencillo que nos hace humanos”.

Te insto, pues, lector generoso, a que te arrojes en las aguas de esta cálida y posible trémula lectura y compruebes por ti mismo la profundidad emocional en la que la calidad literaria y la sutil, pero potente obra de Hernández Collazo, puede sumergirte. Pues yo, desde este lugar de asombrado espectador, después de naufragar en este vaivén médico creativo, estoy seguro de que el mar es menos grande y menos hondo que el amar.

¡Disfruta el paseo!

Jesús Velasco Díaz

 El día que me caí, lo primero que hice fue fijarme a ambos lados para buscar si alguien me había visto, luego huí; y en la seguridad de casa, mezclé mi sangre con polvos de oro y plata para ensamblar los trozos rotos de mi piel. Cuando se secaron, las costras brillantes se ensamblaron en grietas sobre las heridas formando laberintos que ahora son letras plasmadas en las siguientes historias.

Para Lety, Alex y Martín.

Para César.

TRICOTILOMANÍA

*A*lopecia mecánica ocasionada por el arrancamiento involuntario y repetitivo del cabello. Se considera un trastorno del control de impulsos, al igual que la cleptomanía, el juego patológico y la piromanía. Asimismo, algunas veces está relacionada con trastornos psiquiátricos subyacentes como depresión, ansiedad o trastorno obsesivo compulsivo.

Se me empezó a caer el cabello cuando Antonio me dejó. No me di cuenta en qué momento se me caía tanto pelo, pero los huecos que veía en el reflejo de mi cabeza iban aumentando cada vez más. La ansiedad por contarlos me abandonó cuando apareció aquel hombre perfecto... Esto es en serio, jamás lo había visto en la ciudad y eso que este lugar es tan pequeño que todos se conocen y, sin duda alguna, al menos un amigo tuyo sería su primo o su medio hermano. Y nunca antes lo había visto porque yo misma lo construí.

No te asustes, que te cuento cómo fue que logró ser así de enorme y logró tener vida. Un día, mientras hacía el cierre anual de contabilidad en la empresa, me descubrí con un pequeño mechón de pelos entre mis dedos. Horrorizada, los puse sobre la mesa y no pude callar mi grito de terror cuando vi que se retorcián como gusanos quemadores, peludos y negros, entre la cuadrícula de las hojas de mi cuaderno cartoné de cuenta corriente. Al intentar moverlos con el lapicero, gimieron; tenían una voz grave e intranquila: “Ayúdame”, gritaron. Me di a la tarea de preguntarles quiénes eran o qué querían de mí, pero su alarido pidiendo ayuda y su movimiento ondulante no cesaban, pero tampoco decían más.

Ahí fue cuando decidí que para poder ayudarlo debía escucharlo mejor y para que articulara palabras requería hacerlo crecer. Así que con mis dedos de la mano derecha empecé a juntar cada vez más, un mechón tras otro, hasta tener una mata de pelos largos del área temporal, mezclados con algunos cortitos y retorcidos de las piernas, otros diminutos y gruesos de las cejas, para juntarlos con el cuerpo anterior. “Menos mal que tengo sin depilarme lo que tengo de soltera”, pensé. La mata de mechones había crecido tanto que podía moverse en una sola dirección, torciéndose y enrollándose en sí misma como una serpiente. Cada día arrancaba más y más de sitios distintos de la cabeza y de mi cuerpo, los juntaba con cuidado y paciencia

para que nadie notara su ausencia y para que mi obra maestra no se desintegrara.

En algunos meses terminé mi tarea: la mata de pelos era un tótem que medía un poco más de dos metros de alto y pesaba casi ochenta y dos kilos. Fue cuando tomó una forma más o menos humana y comenzó a hablarme claramente. Se llama Paco, tiene 32 años, igual que yo, y le gusta cocinar, correr por las tardes, las canciones tristes y jugar con los perros. Sin duda era perfecto, solo que le faltaba un poco de forma a su nariz, pero eso se arregló con algunos pelitos extra de las axilas y comenzamos a salir.

Entiendo que sea extraño para muchas personas ver a una mujer joven y, debo decir, bastante guapa, con un tótem de pelos, pero la verdad es que me siento muy feliz porque al fin alguien me comprende perfectamente y escucha mis pensamientos sin decirme que estoy loca, que debo amarme a mí misma, ¡qué tontería!, o que necesito tomar aire, respirar y meditar para calmarme. Desde que salgo con él, dejó de importarme la calvicie; solo quiero que él esté a mi lado. Estoy segura de eso porque el otro día unos niños se asustaron al ver a Paco y le arrojaron unos cohetes chinos y palomitas de pólvora encendidas; afortunadamente, a pesar de que es muy inflamable, solo perdió una pierna, cosa que podemos arreglar con unos meses de crecimiento de cabello.

Yo sé que no es la historia más romántica del mundo, pero te puedo asegurar que seremos muy felices. Aunque la verdad es que me asusta un poco cuando se enfada conmigo, es demasiado celoso; creo que es por eso que están ustedes aquí hoy. El otro día, creo que era jueves, me estaba peinando el pequeño flequillo que tengo, el único cabello que me queda de todo el cuerpo, y él creyó que me estaba arrancando más pelo para hacerme otro novio. Se enojó tanto que casi me arranco yo misma mi mechoncito con el puro susto cuando gritó dominado por la cólera. Incluso a veces me encierro en el closet cuando me

grita, justo como ayer que Antonio, mi ex, regresó a la casa para pedirme perdón. En serio, yo no lo llamé, él vino mientras yo estaba escondida; por eso vi y escuché cómo Paco lo detuvo antes de llegar a mí y lo insultó, para luego ahorcarlo con sus manos de pelos muertos. Yo misma vi cómo lo enfrentó en la puerta de mi cuarto, lo tomó con toda su fuerza y poco a poco lo estranguló hasta reventar su garganta y cerrarle sus ojos, ¡sus hermosos ojos! Es verdad, yo no le hice nada malo. Ojalá pudiera haberlo detenido, pero todo fue tan rápido, tan siniestro; aunque quizá se lo merecía, por dejarme.

Yo sé que no me crees... ¡No me veas así, que no estoy loca! Estoy segura de que, si vas a mi casa, ahí va a estar Paco recostado en la cama, fingiendo que es solo una masa de pelos inerte y sin vida, pero estará actuando solo para incriminarme. En verdad, déjame ir... es más, vamos, para demostrarte que Paco está vivo y que él fue quien lo mató.

Te prometo que no estoy loca. ¡No estoy loca, lo prometo!



VITILIGO

*D*espigmentación de la piel que, a pesar de no comprometer la salud física de quien la padece, ocasiona alteraciones en la autopercepción y dismorfofobia. Algunos seguidores de corrientes de psicología somática han relacionado al vitiligo con un deseo involuntario, propio de quien lo padece, de evitar ser visto.

A mí nadie me dijo que con el vitíligo iba a querer desaparecer, volverme invisible, y un día, por fin, lo logré.

Las primeras manchas me salieron cuando tenía cinco años. Estaba jugando a “las traes” con mis primos. Yo estaba agachado entre las hierbas, escondido de rodillas; la picazón de la piel era insoportable, los abrojos punzaban y penetraban mi piel como pequeños alfileres; intenté quitarlos y fue ahí cuando las vi: tres manchas blancas como fantasmas en una casa embrujada maltrecha, asomando sus pequeños ojos redondos, juzgándome desde mis piernas.

La verdad es que me dio mucha pena: quise llorar, correr, ocultarme y desaparecer. Esa fue la primera vez que logré volverme invisible y nadie pudo encontrarme; pasaron minutos y después horas. Escuché las groserías y gritos encolerizados de mis primos mayores, luego vinieron los gemidos preocupados de los adultos y me volví otra vez visible cuando escuché a mi mamá llorar desesperada. Cuando me vio salir de entre los árboles, no se enojó, me abrazó y esa noche se durmió acariciando mi cabello. A ella no le importaban mis manchas, nunca le importaron. Por Dios, ella intentó de todo en el mundo para darle color a mi piel de nuevo: viajamos a Cuba en un avión que parecía que montamos un pelícano –las mejores vacaciones de mi vida–, me bañaron en leche de todos los animales mamíferos domésticos y exóticos, sentí el calor del excremento de varias granjas, comí alacranes y chapulines, pero lo peor fue cuando me picaron 115 abejas iraquíes –no sabía que existían–. En ese último viaje que hicimos juntos me regaló una caja completa de curitas, con las que cubrimos la sangre de los pinchazos de las abejas. La verdad es que mamá logró hacer que se me olvidaran cuando con un plumón color piel me desdibujaba las manchas para ir a la escuela y en casa jugábamos a pintarlas de colores divertidos para volverme un jaguar arcoíris.

Ahora mamá ya no está, así que uso mi poder de desaparecer como me place. Primero que todo, soy rico; he entrado a

infinidad de bóvedas de todo el mundo y he tenido entre mis manos los tesoros más caros y bellos de la cultura humana. Los mejores son los de la India y del sur de África: las más bellas y costosas coronas de diamantes y zafiros de todo el planeta. Ojalá pudieran ustedes sentir entre sus dedos el reloj más caro del mundo o cargar el lingote de oro más pesado en toda la tierra. Otra ventaja es que puedo dormir donde se me antoja; a veces, cuando quiero desayunar tostadas francesas con jugo de naranja, duermo en un avión rumbo a París y al día siguiente estoy cenando curry, viendo el atardecer frente al Taj Mahal. Un beneficio de mi poder es que puedo hacerlo cuando mejor me parece: si estoy en una reunión que se pone aburrida, solo entro al baño y desaparezco sin que importe dejar mi taza de café favorita en la oficina o la pila enorme de papeles repletos de pendientes; en una tarde puedo ver a mi antojo todas las películas de la cartelera del cine hasta cansarme de comer palomitas o puedo gritar enloquecido en el escenario de un concierto de rock, saludando a todos los asistentes que no son capaces de verme.

Trabajo por gusto en una pequeña clínica en las afueras de Londres. Ustedes saben... para no aburrirme, pero, sobre todo, no causar sospechas. Procuro tener una vida que parece simple. Claro que cada cierto tiempo cambio de ciudad e inicio una vida completamente diferente en otro lugar, con otra profesión y otra identidad. Al final, como decía mamá, de esto se trata la vida: vivir todas las experiencias posibles que se nos antojen. Y ella me enseñó a disfrutarlas.

Ojalá todos pudieran tener vitiligo y sentir lo que es ser invisible.



RITIDES

*A*rrugas o líneas de expresión reflejo del movimiento producido por los músculos faciales para mostrar emociones como enojo, tristeza, alegría o confusión.

La buganvilia del corral estaba forrada de chuparrosas, tanto que a pesar de la lluvia revoloteaban panzones de miel, con los picos llenos de polen, rompiendo las gotas de agua con sus alas verdiazules mojadas. Era la época en que se acaban los fríos y empieza el ventarrón caliente de marzo a calar en el cuello y hace brotar las flores, mientras la llovizna ahoga las hojas de los fresnos y los almendros que se pudrieron en el lodo, por el invierno.

—Tía Carmen, me mandó mi mamá para ayudarte a prender el fogón.

—Ya lo prendí, mijo, pero vamos a calentar gorditas. ¿Pos 'ónde andabas? —dijo. Tuvo que levantarse con sus dedos flacos las arrugas de los párpados caídos para destaparse los ojos y verme hasta donde yo estaba trepado arriba del mezquite.

Los chirridos de los chuparrosas le recordaban el día que los soldados la regresaron a fuerzas, cuando clausuraron la Normal, en el primer tren de la Revolución que llegó desde Guadalajara. En ese viaje de regreso ya venía enamorada. Aunque si todo eso fuera verdad, ella la próxima semana, el día de San José, cumpliría como 140 años. Y es que se ha vuelto, además de la mujer más longeva de la ciudad, sin duda la más sonriente, olvidadiza y amorosa anciana que existe en el planeta. Para ella no existe la nostalgia, pero en las arrugas de sus párpados podría guardarse, además de polvo del pleistoceno, muchos recuerdos que olvidó porque tiene la mente y los modales de una niña que ha perdido la memoria de su vida pasada. Ahora es una infantil viejecita desdentada que come y ríe a la vez con la boca abierta y que aún es capaz de tortear maíz para preparar quesadillas de huitlacoche con huevo y flor de calabaza, como si jugara a preparar pasteles con lodo de los charcos.

Esa tarde que regresó trepada en el tren, ya no era la niña de quince años que se fue con ganas de enseñar a los niños a

sumar y a leer, de ser maestra. Sus ojos estaban tristes de amor y recuerdos de Artemio, un joven profesor rural que le había quitado el corazón despertándole el alma idealista en los salones de clase. A su regreso, no podía olvidar cómo la guerra se lo quitó de cerquita y la regresó a su pueblo. Entonces, valiente, hizo el primer pacto que la volvería a hacer feliz y la dejaría de nuevo comer sin devolver, de tantos nervios, la sopa de vegetales en la mañana, o poder comerse los chiles en nogada sin ahogarse en el recuerdo de las agruras, la melancolía y el mal de amor. Su madre la había intentado curar con un té de amargo en ayunas y con cataplasmas de jitomate en las plantas de los pies, pero no lo lograron; hasta que con una piedra de ágata pulida y cubierta en cera de cirio se sobó la frente mientras rezaba un rosario. Eso le bastó para olvidar el mal de amores y regresar a ser la misma de antes. A cambio, su frente se llenó de marcas y surcos, como si su piel fuera un papel revolución apachurrado debajo de las sandías en la frutería.

Por cada arruga de la frente había un recuerdo olvidado de Artemio, el hombre por el que prefirió ya no recordar la vida. La de más arriba de la frente la marcó para olvidar el día que lo conoció: era la primera vez que jugaba pádel y que agarraba una raqueta en una cancha de concreto agujereado por las hormigas rojas. Era medio día, el sol estaba tan alto y necio quemándole los ojos que la obligaba a hacerlos chiquitos para ver la diminuta pelota. Tanto fue su desconcierto y el fulgor del sol en la mirada que se olvidó que estaba esperando su turno parada sobre el nido de las hormigas rojas. Quien la retiró cargándola de ahí y luego le arrancó una a una las hormigas con los dedos de las piernas fue Artemio; las que estaban más pegadas con sus fauces de pinzas, las tuvo que quitar con un cigarro para que, chillando por la quemadura, le soltaran la piel lastimada. Desde ese día se volvieron inseparables, envueltos en el placer de la complicidad: él le recitaba de memoria prosas idealistas que hablaban de igualdad y justicia, le tapaba los ojos

con su pañuelo perfumado para que escuchara con la piel los arpegios de los huapangos de la radio y la tomaba de la cintura para bailar los versos cantados al oído en el zaguán de la Normal, junto a la fuente de cantera. Ella le enseñó a suspirar con el corazón, a deletrear el nombre de las flores y le mostró la correspondencia entre el movimiento de las estrellas y las emociones de los animales. Estaban adormilados en el efluvio del amor hasta que los soldados llegaron a la escuela y se llevaron a todos los hombres para usarlos como carne de cañón al frente de la línea de batalla. Mientras, a las mujeres, las que corrieron con suerte, las regresaron a sus pueblos, y las que no, los soldados las usaron como propias.

¿Que cómo supe esa historia? La tía Carmen, antes de frotarse la cara para empezar a olvidar la guerra y el amor, anotaba cada recuerdo del que quería deshacerse atrás de una fotografía. Amarró más de trescientas imágenes amarillas y viejitas con un listón rojo que encontré en el baúl de mi cuarto, donde guardamos los monitos del nacimiento. Las más bonitas estaban debajo de los Reyes Magos.

El único día que volvió a recordar a Artemio fue ese de los colibríes. Dicen que los chuparrosas son animales habitados por las almas de los muertos que vienen con gusto a saludar a una persona que extrañan mucho.

—Perdón, tía, aquí estaba cuidándote, pero están tan bonitos los chuparrosas que vienen a tomar agua y polen de las flores, es que ya es primavera.

—Con razón... vino a saludarme Artemio.

En ese momento, un colibrí muy pequeño estaba dormido encima de su poquito cabello blanqueado por los años.

—Seguro que él te extraña mucho, tía Carmen.

Ella se detuvo un instante, arrugó el entrecejo y el colibrí voló tan rápido de regreso a los árboles que se perdió entre las flores.

—¿Quién me extraña? —dijo con la cara arrugada y confundida.

Ese día preparamos muchas gorditas de nata que disfrutamos mis primos más chicos y yo; les pusimos crema y mi tía Carmen les puso ate y queso. Mientras, la primavera se anunció con centelleos de colores violeta y dorado en los árboles embarazados de flores y coronados por chuparrosas con tanta sed por el largo viaje que hacen para visitar este pueblo, donde, confundidos, no comprenden por qué los humanos como ella prefieren olvidar aquellos recuerdos que en algún momento los hicieron felices, como el primer amor.



ECCEMA NUMULAR

*D*erivado del latín *nummus*: redondo y extendido en forma circular como una pequeña moneda; y de *eczema*, piel que hierve. Hace referencia a la erupción persistente y supurativa en forma de moneda que ocasiona comezón, causada por el contacto con sustancias irritativas o alérgicas como detergentes, savia de las plantas o metales.

12 de noviembre de 1832.

Querido Orlando:

Te alegrará saber que, a pesar de tus incontables críticas y temores por este viaje para descubrir un lado más llamativamente explorador de tu fiel servidora, esta empresa me ha traído paisajes jamás antes vistos por científicos como nosotros. Los arenales del desierto de Gila se embellecen con interminables montañas enchapadas en oro que son brevemente interrumpidas por alguna erguida cactácea y riachuelos medio desabridos de agua plateada. Como bióloga botánica te puedo afirmar que en nuestra tierra jamás podrán crecer hierbas con estos colores tan apáticos y escasas hojas transparentes como diluidas por el sol. Te extraño, pero las aventuras no se viven nuevamente, las personas casi siempre estarán ahí y yo sé que tú estarás eternamente para mí. Veo la palidez de tu rostro en las flores del desierto, en los nubarrones desanimados, en la brisa caliente de la canícula del medio día.

En algo tenías razón, no encontraré aquí tesoro alguno como tu corazón. Confirmé lo que me decías: la avaricia sin medida es una cualidad que solo trae soledad y problemas. Te lo explicaré con un suceso que pasó hace tres tardes, durante una exploración por el margen del río Santiago, el más grande que cruza el desierto; encontré una flor de belleza singular y junto a ella una moneda de oro completamente abandonada, pues nadie la tomaba, a pesar de ser visible para toda persona que cruzara ese río, incluyendo a los campesinos. Junto a esa flor había trozos de huesos y cenizas. Me pareció curioso y algo terrorífico. Cuando intenté tocar la flor, una voz alarmada que jamás había escuchado me detuvo; se trataba de un hombre misterioso que no había visto en nuestro grupo de expedición, estaba cubierto en harapos de algodón sucios de sangre y que solo dejaban a la vista sus ojos. Cuando se acercó a asegurarse

de que me detuviera, tocó mi mano y sentí cómo su rasposa piel detenía mis movimientos. La compasión le ganó a mi repulsión cuando pude ver rodetes violáceos en las zonas de piel descubiertas de ese extraño hombre de mirada joven, quizá menor que tú. Se sentó sobre la arena junto a mí y de su boca salieron palabras en portugués que entendí a la perfección. Nicodemo era su nombre y estaba decidido a contarme su desgracia.

Nico era un explorador lisboeta que viajó a esta isla traído por cuentos de su abuelo y recomendación de su padre, ambos piratas del viejo mundo, por la promesa de un tesoro que jamás un hombre hubiera imaginado: la capacidad de hacer monedas de oro dibujándolas en piel humana. Esa ofrenda se recibía encontrando y cuidando a la flor más bella del recóndito desierto de Gila; sin embargo, la planta tenía características especiales que nadie conocía, por lo que además de que sería una suerte encontrarla, su cuidado estaba restringido a quienes supieran cultivarla adecuadamente. Con mapas viejos de bandidos y un libro antiguo de botánica, de Jean Baptiste Lamarck (mi favorito), contrató a seis malhechores y compró dos esclavos para iniciar su aventura. Recorrieron los largos y angostos ríos de plata en lanchas de palma, cansaron sus pies en arenoso suelo durante horas en el desierto y compararon más de doscientas quince especies diferentes de plantas con las encontradas en el libro, pero la flor del desierto no aparecía.

El día que pensaron que todo había terminado y se acercaban al desfiladero final del hábitat, ahí estaba un bosque en miniatura de plantas de hojas naranja con flores moradas y pétalos circulares que al acercarse a ellas exudaban una secreción lipóide amarilla. Al principio Nico escuchó gritos y creyó que venían del movimiento del viento caliente del desierto, pasando entre las hojas y la arena, pero se sorprendió al ver que eran las plantas que chillaban como bebés moribundos; y al notar que el sol empezaba a ocultarse, decidió acampar junto a las flores.

Caída la noche, mientras los esclavos cuidaban la fogata, los cautivó el cambio de color de las flores a un amarillo pardo que resplandecía a la luz de la luna, mientras los gritos de niño se volvían tranquilos cánticos de cuna. La noche y el calor del fuego habían traído pequeños roedores a buscar comida junto al campamento; el color de las flores y un olor exquisito a vainilla parecía hipnotizar a las pequeñas ratas que se acercaron a oler los pistilos matizados y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, las flores atraparon entre sus pétalos a cada uno de los roedores y mientras los devoraban, el crujir de los pequeños huesos al romperse entre los tallos de las plantas era espantoso.

Encontrar su fortuna lo tranquilizó al fin y descansó como no lo había hecho desde niño, cuando aún no escuchaba historias de piratas y tesoros. Un suave rumor de sonidos de lluvia y cantos lo acunaron y al poco tiempo, mientras se soñaba cubierto en joyas de oro y lujosas pieles de animales extintos y el sonido del contar monedas le invadía los oídos, un alarido lo despertó y salió asustado de su tienda. De los esclavos no quedaba más que unos charcos de sangre y dos pies, ambos izquierdos. Preocupado, decidió inspeccionar las plantas y buscar la manera de sacar alguna de la tierra para llevarla a su casa de Lisboa, donde haría una fortuna imprimiendo monedas de oro en la piel de cadáveres de vagabundos que compraría de contrabando al cementerio. Cuando se acercó a las flores con una pala y un azadón, el peso de muchas miradas no lo alarmó, pero lo obligó a tirar las herramientas para cavar con sus uñas alrededor de una planta y sacarla con las manos, para colocarla en un saco de yute que había preparado con tierra de tabaco...

Al acercar su mano a las flores, una de ellas se movió hacia sus dedos. Sus movimientos simulaban que olía sus uñas, su anillo de matrimonio y hasta el negro tatuaje de su muñeca. Cuando terminó de olfatear con sus pétalos ahora rosados, lo acarició mientras Nico sentía un dolor horrible y quemante en la piel, el peor que ha sentido en toda su existencia. Brincó para

alejarse y la lógica no le dio para más que orinar en su mano y retirar el líquido amarillento que le habían dejado los pistilos de la flor. El sonido de una moneda de oro cayendo al piso lo paralizó, y es que de la quemadura en su piel brotaba una gruesa moneda del oro más amarillo y puro que conocía.

Tomaré un descanso de la historia para contarte un poco más de Nicodemo. Mientras me platicaba su desventura, las manos le temblaban y lágrimas salían de sus ojos azules, mostrando las heridas de sus mejillas morenas. Al secar su rostro, se movió los vendajes ensangrentados y observé que la mitad de él estaba desfigurado. Se quitó las sandalias para limpiarlas de la arena y pude ver sus pies tapizados de úlceras y que le faltaban los dedos pequeños en ambos lados. Le pasé mi cantimplora para que tomara un poco de mi agua... ya no tenía repulsión por él. ¿Recuerdas esa cantimplora azul metálico que me regalaste en el primer viaje que hicimos para encontrar las algas tóxicas para cetáceos del Perú?

Continúo: en pocos días, las monedas y las llagas en su piel se habían multiplicado, al igual que el peso de su baúl de tesoros. Los bandidos rápidamente se habían dado cuenta del raro mecanismo para hacer oro y, poco contentos por hacer el trabajo de los esclavos devorados por las plantas, decidieron hacer su propia fortuna y regresar a Portugal robando las canoas que los sacarían de ese páramo de Gila. El primer grupo de ellos intentó robar un trozo de hierbas cortándolo con machetes, pero murieron cuando las plantas atentas del ataque les arrebataron los cuchillos y los clavaron en sus pechos tatuados y sus cabezas rasuradas, para después masticar ruidosamente sus huesos. El segundo grupo intentó multiplicar las monedas de su paga secuestrando a Nico; durante la noche, después de cenar unas latas de alubias envejecidas, entraron en grupo a su tienda, lo amarraron firmemente con sogas y en la arena, junto al fuego, colocaron como improntas pétalos de la flor en el abdomen y en sus muslos. Los gritos de dolor y el *clap* de

monedas cayendo al piso inundaron el silencio del desierto. Al decidir que más de trescientas monedas de oro eran suficientes, los bandidos huyeron cargando tres pesados cofres de nogal y encino de los que sacaron los recuerdos del explorador, dejándolos en un reguero sobre la arena.

Nico se durmió por el dolor lacerante en su piel que lo hizo soñar con su abuelo y su padre vestidos de piratas, mientras él moría amarrado frente a ellos, con hambre y sed, devorado a trozos por las plantas; al medio día, el caliente sol del desierto lo despertó, estaba desatado y junto a él los víveres y los cofres que habían sido robados por los bandidos, cubiertos por ramas y lianas violetas embarradas de sangre oscura y aún fresca. En los siguientes días, las flores crecerían junto a él, moviendo sus pistilos como analizando cada uno de sus movimientos, cuidando sus palabras e imprimiendo en su mente sus más fervientes deseos, que cada hora lo volvían más frío y más avaricioso.

Esa tarde, un tumulto de caballos pequeños que transportaba una feria de gitanos desfiló cerca de su campamento. Se acercaba de nuevo la noche y debían acampar pronto. Las flores se lo pidieron a cambio de una mayor cantidad de oro; las escuchó claramente en sus pensamientos. Nico se acercó y ofreció a los gitanos su amistad, comida y espacio en la seguridad de su refugio, a pesar de conocer el peligro de las plantas carnívoras. Cuando todos dormían, el portugués esparció raíces de las plantas sobre las mantas, bajo las estrellas que miraban tristes la tragedia que pronto sucedería.

Por lo mañana no quedaba rastro alguno de ser vivo sobre la arena y en su lugar, montones de monedas apilados y lingotes de oro puro. Solo el arrepentimiento era más pesado que todo ese oro que provenía de la muerte. Estaba cansado, su piel ardía con cada movimiento y en su mente solo podía escuchar el sonido de monedas cayendo al piso. Entonces fue cuando, por fin, decidió deshacerse de las flores. Fingiendo que bebería ginebra, vertió todo el alcohol y algo de aceite de las lámparas

en las tiendas que se encontraban al centro del bosque de flores del desierto y con un fósforo incendió junto al campamento la mayor cantidad de plantas que pudo. El fuego se expandía rápidamente mientras el crujir de las ramas al romperse por las llamas era idéntico al sonido de los huesos de los mamíferos y los gitanos y sus caballos devorados por las plantas; las flores, al carbonizarse, chillaban en llamaradas de gritos humanos idénticos a los alaridos de los esclavos al morir. Y cuando el fuego consumió todo el prado, la nostalgia liberadora invadió a Nico; fue cuando nuestra expedición lo encontró llorando como un niño arrepentido, frente a una pradera de huesos carbonizados.

Cuando terminó su historia, Nicodemo, el portugués, había prendido un cigarrillo entre sus llagados dedos y al exhalar una bocanada de humo, hundió el fuego de la colilla en el tallo central de la planta, que gruñó como un cerdo al recibir una cuchillada en el corazón para sacrificarlo.

—Me parece que era la última de su especie, dijo.

Espero que esta historia no te haya dejado el alma incómoda como lo hizo conmigo. Lo peor fue lo que sucedió la mañana siguiente: Nico había muerto tranquilamente dormido entre sus vendajes. Cuando decidí inspeccionar su tienda, un aroma cautivador a vainilla invadía el calor de la sal del desierto; el cuerpo de Nico estaba recostado en el piso y tapado con una sábana. Cuando lo descubrí pude detener mi grito de pánico mordiendo mi lengua entre los dientes; de su deformada boca salían raíces de la hermosa flor del desierto. Salí corriendo para descubrir que la planta que el explorador había quemado esa noche no solo seguía viva, sino que se había reproducido alrededor de nosotros en una extensión tres veces mayor que nuestro campamento.

No puedo esperar para ver el reflejo de mis besos en tus ojos claros, oler tus manos con mi rostro y peinar tu cabello

rebelde en el atardecer. Espero que cuando leas esta carta, las cosas no hayan empeorado y la planta no nos detenga para escapar y volver a Londres, para estar juntos otra vez.

Con afecto, miedo y la esperanza de volver a verte...

Greta.



ACNÉ

*A*unque el acné no es causa de daño al funcionamiento fisiológico del cuerpo, su afección al estado de ánimo puede provocar depresión y ansiedad, que conllevan al aislamiento social y soledad en adolescentes.

Como otras noches, Juan Sebastián volvió a soñar con un callejón interminable y angosto en medio de casas blancas cuarteadas por el salitre. El cielo estaba nublado. Él caminaba derecho, aunque distraído por los cantos de pájaros atrapados en jaulas de latón que colgaban de las ventanas. A la mitad del camino lo recibía una mujer de ojos piadosos que le susurraba al oído: “Hijo mío” y, mientras lo abrazaba, ambos lloraban; luego despertó.

A Juan Sebastián se lo llevaron los gitanos de su casa cuando tenía dos años. Era agosto y llovía en el pueblo que se abarrotaba de aguacero y de personas extranjeras que hablaban palabras atropelladas y furiosas, colocaban carpas de colores en la plaza y vendían nubes de algodón que olían a pasteles atordadas en un palito de madera. Estuvieron una semana divirtiendo a los pobladores de San Julián con bromas, canciones, luces de colores y, a los más incautos, con juegos de pelotitas y vasos de plástico en los que la casa nunca perdía.

La noche que se fueron se llevaron sus carpas, muchas monedas de plata y, entre cobijas de manta, a Juan Sebastián. La verdad es que no se lo robaron; su madre lo había llevado para espantarlo con leones despelucados y dormidos en jaulas enormes y con chimpancés cansados de noches de trabajo atroz, haciendo maromas. De a poco ese día fue avanzando, el sol cayendo y la madre de Juan Sebastián envolviéndolo en cantos de cuna y frazadas... Cuando lo adormeció, lo acomodó sobre unas pajas cerca del camerino de los payasos y se fue, dejándolo junto al calor del circo migrante y en la soledad de la orfandad.

El pequeño creció en muchos pueblos a la vez. Cada semana colgaba su hamaca en árboles que brotaban en tierras diferentes que nunca le pertenecieron; pero ahí, en el circo itinerante aprendió a sumar, a rezar y a cantar bajo la tutela de los gitanos, payasos, magos y animales entrenados.

Juan Sebastián siempre añoró vivir en una familia, a pesar de que en el circo todo el tiempo estaba rodeado de gente y de

que cada noche un centenar de pobladores lo miraba con la cara pintarrajeada de blanco de titanio y cobalto en los ojos, mientras recortaba los boletos de la taquilla. Muy entrada la noche, cuando el espectáculo terminaba, le seguían horas de trabajos intensos recogiendo los retazos de un festival de colores, barriendo los restos de dulces y palomitas de maíz arrollados por zapatillas y alimentando a los fatigados osos aún vestidos con holanes verde pastel. Pero eso no importaba para que al terminar disfrutara de la compañía de sus amigos del circo, mientras llevaban su palacete ambulante de risas por los caminos terrosos entre un pueblo y otro. En esas sendas tuvo largas pláticas que le abrieron la mente y le mostraron cómo era el mundo afuera de las carpas: conoció la forma correcta de engañar a los ojos masculinos con ilusiones en juegos de barajas y aprendió a entretener a las personas acariciando los dermatoglifos de sus palmas, para descifrar su personalidad y predecir el futuro.

Sus mejores amigos se encontraban en el vagón de los fenómenos, donde pasaba casi todo el día, por lo que creció mientras los monstruos lo arropaban en los fríos viajes nocturnos. Irene, la mujer barbuda, lo alimentó con papillas de lichí desde que Juan Sebastián llegó al circo; ella misma le sonaba las narices llenas de mocos y le curaba los ataques de asma con cataplasmas de eucalipto y uña de gato. Ella vio su cara cambiar como cambian las flores con las estaciones, vio cuando a los doce años le salió el bozo mientras le maquillaba las espinillas con polvos de arroz, para los días de función. Al mismo tiempo, don Arizpe, un ilusionista italiano rayado de todo el cuerpo como un pizarrón, le enseñó a subirse sin miedo a los camellos y a los elefantes, para saludar divertido desde su lomo en los desfiles de los pueblos, donde se sentía atraído por la interesante vida cotidiana de los habitantes, pensando en la posibilidad de su existencia si su destino hubiera sido otro.

En uno de esos desfiles vio desde lo alto a un grupo de adolescentes más o menos de su edad que se reían de las maromas

y la fiesta de los payasos, bajó del camello y se acercó a ellos. Los muchachos, al ver su cara pintarrajeada, se burlaron de él y las mujeres lo corrieron arrojándole piedras, mientras gritaban que las pulgas de los animales exóticos eran pegajosas y sus tretas de cirquero eran siempre una trampa. Él bajó la cabeza entre sus hombros y arrastrando los pies se perdió en su sitio de siempre, en el grupo de fenómenos del circo. Después de la función y de recoger los trozos tristes de su espectáculo, lloró lo que restaba de la noche... cuando se quedó dormido, soñó de nuevo con su madre y al despertar, volvió a llorar.

La noche siguiente, los chicos del pueblo que se burlaron de él en el desfile asistieron a las carpas a disfrutar la función. Los payasos aprovecharon sus bromas para vaciar sus bacinicas en la cabeza de los muchachos, en un divertido acto como si se hubieran equivocado y el pueblo entero, sobre todo los habitantes del circo, se rieron como nunca.

La siguiente primavera, después de la floración de las jacarandas y de trece años ambulantes, el circo errante regresaría a San Julián, la tierra donde encontraron a Juan Sebastián envuelto en mantas. Emocionados, los miembros del circo le ofrecieron ayuda para buscar a su familia, incluidos Irene, la mujer barbuda, y don Arizpe, pese a que también temían que después de reencontrar a su madre no volviera a jugar al circo y a la familia con ellos. Así que después de anclar los toldos, inflar globos y pasear a las palomas mensajeras y a las gallinas africanas enanas, Juan Sebastián metió arrugados sus tres pantalones y dos camisas en una maleta de piel y se desmaquilló para buscar a su familia.

Antes de salir de la plazuela, la sorpresa de una nueva atracción lo hizo acercarse a un habitáculo pintado de rayas rojas y blancas con un letrero en luces de colores que decía: La casa de los espejos. Al entrar, observó su propia figura iluminada en rojo, luego en verde y después en amarillo, que se modificaba cambiando de un espejo cóncavo a uno convexo y

veía su figura deformada una y otra vez. De pronto, se acercó a un espejo pequeño y redondo y pudo verse a sí mismo por primera vez sin maquillaje a través de sus propios ojos. Su cara era hermosa, el cabello le caía en caireles castaños sobre la frente rectangular que se perfilaba por su ósea mandíbula, al finalizar su mentón. Sus ojos pardos eran enormes y brillaban bajo sus cejas pobladas y poligonales, pero entre su recta nariz y sus elevados pómulos habitaban comedones y algunas pústulas que lo hacían ver apenas un poco imperfecto; apretó uno de ellos y vio salir de él una pequeña hebra blanquecina como vísceras de gusano y siguió hasta terminar con todos los granos.

Contemplar la pureza de su cara limpia marcada levemente por la luz de colores y las pápulas coloradas le hizo sentir tristeza y soledad dentro de una habitación repleta de risas. Salió corriendo de la plazuela del circo y llegó al pueblo, y tal como lo hacía en sus sueños caminó en un callejón rodeado de casas blancas y pájaros cantores. Al final estaba la casa que, según el papelito que le escribió don Arizpe, debía ser la de su madre. Cuando se asomó por la ventana miró a una mujer vestida con una bata de seda rosa, impoluta y rodeada de lujos, belleza, música y colores, todo lo que él nunca tuvo ni podría haber soñado; pero estaba sola y, como los pájaros, bellamente cantaba encerrada en una jaula de latón y perfección tan ajenos a él. Entonces, volvió a sufrir el recuerdo del abandono y las risotadas de los muchachos del pueblo que lo rechazaron aún oculto tras el perfecto color blanco de su cara marcada. Comenzó a pensar en su infancia en el circo, en la alegría de lo inexacto y en su familia creada, que lo amaba sin condiciones, incluso sin pintura ni polvos de maquillaje, y no necesitó más.

Cuando regresó a las carpas, abrazó a Irene, desdobló su ropa adentro del baúl de siempre y nunca más volvió a salir del circo.



HERPES SIMPLE

*E*l virus del herpes se transmite a través del contacto directo entre seres humanos como besarse, contacto sexual o compartir objetos de uso cotidiano, como un cepillo de dientes o un tenedor. Se presenta como un agrupamiento de vesículas sobre una base rojiza, afectando generalmente el borde bermellón de los labios.

La vida es una sala de espera perpetua y constante. Tenemos que esperar todo el tiempo y pasamos nuestra existencia contando las horas que quedan para terminar aquello que hacemos para poder iniciar algo distinto, pensando que lo nuevo nos hará más plenos y más felices. Esperamos la hora de la cita con el dentista para platicar en monosílabos con la boca abierta nuestra vida entera, esperamos en la fila del banco para pagar cuentas de cosas que ya disfrutamos, la hora del lonche y la hora de la salida, las vacaciones, que nos despierte una alarma en la madrugada, aunque no nos demos cuenta de ello porque seguimos dormidos. Algunos esperan sentados y otros de pie frente a una fila interminable, acechando el siguiente turno que se dará cuando la persona delante nuestro cumpla su objetivo o desista de él y se retire. Ese día yo tenía que esperar, pero la espera valió la pena.

Fue por algo más o menos así: era el momento perfecto cuando hice contacto visual y como relámpagos entre las pestañas se liberó una atracción mística que iba más allá de lo sensual, me estaba enamorando a primera vista de un desconocido. Sucedió hoy jueves en la sala de espera del aeropuerto, en ese paisaje nostálgico de luz artificial incandescente que deslumbra más que el sol filtrado por las ventanas, por donde se asoman pichones gigantes de acero, esperando planear, embarazados de gente.

Mientras esperaba sentada con las piernas cansadas, entró él por la puerta de abordar, un hombre que no definiría como hermoso, pero que sus ojos tiernos y tristes lo hacían vistoso: alto, de brazos pachones, pelo lustroso, rostro cuadrado y un contraste fabuloso entre el blanco de su piel y lo negro de sus cejas monstruosamente peludas; creo que para mí sí era hermoso. Iba acompañado de una mujer pelirroja y molestosamente bella, de más o menos la misma edad y de una actitud totalmente opuesta, agresiva y acelerada, que jalaba una maleta rosa chillón como si remolcara a tres preescolares inquietos,

un perro bichón, un gran danés y su completa y pesada personalidad, que la arrastraban por el suelo de mármol gris. Su jaloneo incómodo me hizo desistir y salir de ese lugar donde todos parecemos iguales, hasta que nos toca abordar, y pude volver la vista al marco teórico de mi tesis atrapada por meses en la pantalla de una computadora plateada. Un movimiento me obligó a regresar la mirada a la pareja... ¡qué suerte la mía! ¿Acaso él me estaba saludando?

Una mentira para mí misma. La suerte se extinguió cuando me di cuenta de que aquel hombre saludaba a una chica que llevaba junto a mí no sé cuánto tiempo. Su presencia había sido tan transparente que no me di cuenta si ella estaba sentada ahí antes de que yo llegara o se sentó después. Ella regresó el saludo discretamente con una sonrisa inquieta que atravesaba sus anteojos gruesos, queriendo gritarle que amaba volver a verlo y lo extrañaba desde hace años; pero la mujer pelirroja pellizcó la pálida mano del hombre robusto, destrozando esa energía tan ajena y lejana a mí. Pero... ¿de qué trata todo esto? ¿Quiénes son?

Un ambiente lúgubre inundó la mirada de la chica de lentes, que se decidió a presionar una flecha verde para reproducir una canción desde los audífonos blancos de su celular, acomodar su chamarra gruesa y suspirar, exhalando el tufo de un saludo fallido. Sentí el viento triste saliendo de su boca. Creo que subió demasiado el volumen y escuché el inicio con piano de una canción muy común y trillada. Todo estaba claro, como en una película aburrida, era una escena de celos y volví a mi tesis. Pero de reojo sus labios atraparon mi mirada nuevamente: en el borde del labio superior derecho de la chica de lentes burbujeaba un sarpullido, inflamado y ardoroso, que se asomaba enrojecido de sus labios mal delineados por un vulgar labial rosa claro. Por curiosidad mis ojos apuntaron en automático a los labios del pálido y robusto joven. Qué desafortunada e irreparable coincidencia que ambos compartieran la marca del amor, la pasión y el engaño: una mata de vesículas purulentas,

serosas y efímeras florecía en el labio de ese hombre que seguía evitando con diplomacia la pelea con su chica, la pelirroja.

Las ampollas lo afirmaban: se extrañaban. El tatuaje de fuego que compartían denotaba que se conocían de no hace poco tiempo, que fue en la preparatoria o quizá después, que su historia terminó mal, muy mal, y se reencontraron para volver a amarse a la distancia, aún más que antes, con el enardecimiento de esta coincidencia tan fugaz en un aeropuerto. Habían sido amantes y compartían, además de una efusión antigua, un insistente retorno que les destrozaba las palabras y ahora los labios, aunque la pelirroja esté de por medio cargando su pesado equipaje. Intento descifrar las palabras que gritan sus miradas, pero parece que ya vamos a abordar y no terminaré de descubrir en qué terminará esta disputa.

Las historias de amor acaban siempre así, inesperadas y sin puntos finales. Tal vez ingenio historias falsas en mi cabeza o tal vez sea verdad que dejamos algo de nosotros en las personas que amamos cuando estamos juntos y mucho más cuando nos alejamos, algo que persiste y se comparte en el secreto de un recuerdo grato que se despierta al cerrar los ojos, algo tan íntimo y tan reservado para dos, sólo para dos. Sí, seguro es eso: un secreto en la complicidad que hace que las parejas, con el paso de los años, terminen hablando en tonos semejantes, moviendo las manos en la misma dirección, vistiendo colores iguales o en combinaciones complementarias sin darse cuenta y hasta modelando, con los años, su rostro, para parecerse físicamente, mientras se enojan por la actitud de su amante, sin darse cuenta de que la aprendió de él.

Ese escondite entre lo frecuente y lo doméstico se forjó en ambos labios. La pelea continúa lejana a mí y en total silencio, tranquilamente, con gritos mudos llenos de miradas e insultos. Cierro mi computadora y camino a la fila.

Ya no debo esperar, es una lástima que mi asiento esté junto a la ventana y no pueda seguir la historia...



LENTIGO SOLAR

*M*anchas pardas que aparecen en la piel debido a la exposición solar intermitente, principalmente en el dorso de manos y cara de personas mayores. Su nombre hace referencia tanto al color marrón claro como a la forma redonda de las lentejas.

Estaba bien entrado octubre cuando se llevaron a todos los gatos de las casas para combatir la plaga de ratas que provocaba un brote de tifus. Para entonces, las hojas naranjas de los fresnos y las flores de las buganvillas caían sobre los adoquines de las avenidas en igual número, pero con menor tragedia que personas morían en el pueblo. En ese tiempo, mi tía Martha tenía catorce gatos en su casa y se los llevaron a todos, hasta los más chiquitos. Desde niña sintió amor y cariño por los animales, por la brujería y por el verde de los ojos tristes en su propio reflejo del espejo del tocador de caoba.

La vida de la tía Martha para nosotros era un misterio. A pesar de ser una mujer que, según los cálculos de mamá, pasaba de los setenta años... la falta de arrugas, su mirada tranquila, la inocencia de su risa, la alineación apolínea de sus blancos dientes y sus cejas oscuras perfectamente delineadas por su frente poblada, le daban un aspecto no mayor de cuarenta años. Había vivido toda la vida en nuestra casa, que era más suya que nuestra; en realidad era más de sus gatos que de todos nosotros.

Ella nos cuenta que cuando llegaron a esa casa, el zaguán estaba habitado por una familia de felinos de casi todos los colores que protegían de los ratones, los sapos y las lagartijas, a cambio de ese olor persistente a jugo de guayaba de sus orines en las paredes. Ahí pasó una infancia muy feliz y tranquila, siendo la más pequeña de doce hermanas; siempre poseyó en su mirada la ilusión de la modernidad y el progreso: fue la primera en el pueblo en cortarse, por el calor de la canícula, el cabello en la adolescencia, como si fuera un varón, y en pintarse de rojo las uñas de los pies, que remojaba en el agua fría del pozo y las canalejas de riego, en los almuerzos de los domingos. Aunque me gusta más recordar a mi tía Martha por su risa, su inocencia y sus consejos que por su peinado o el color del rubor de sus pómulos.

A los quince años conoció el apego al amor en el hijo del médico del pueblo. Rodolfo era siete años mayor, pero tenía los ojos llenos de ella... se mandaban cartas perfumadas con agua

de gardenias, paseaban por los campos bajo la sombra de los mandarinos y jugaban a los caballitos y a la baraja en el ventarrón caliente de la cuaresma. En ese entonces, ella conocía de la magia solo embrujos sencillos, como bordar derechito, hacerse crecer el cabello con claras de huevo, esponjar el arroz rojo o llamar a la lluvia con cantos de sirena.

Fue entonces cuando sucedió: su hermana, que le ganaba por dos años, se casaba en menos de tres semanas con el mismo Rodolfo, el hijo del médico; estaba embarazada y la boda debía ser antes de que no pudieran seguir apretando el corsé, por las apariencias. Su carácter tranquilo y su alma libre hicieron que Martha olvidara la traición y pasando los tres meses del parto, ella misma tejió el ropón y cargó el cirio, como la madrina de mi tía Lupe, la hija de su hermana, que para casi todos nació sietemesina. A Rodolfo no le volvió a hablar de amor y solo le intercambiaba bendiciones o el “¡Jesús te ayude!”, cuando él estornudaba por tanto pelo de gato. Aunque ella sabía, por el brillo de sus ojos, los suspiros de su respiración al sentir su aroma al caminar y porque se lo preguntó a las cartas, que él moría de ganas de volver a rodar abrazados entre la hierba, nunca usó la magia para cambiar las cosas. Jamás estuvo de acuerdo en endulzar la inteligencia o en atar sentimientos ajenos, porque, según decía, cambiaban el destino escrito para las personas y eso impediría en un futuro ver las estrellas desde la tierra.

A partir de entonces, de la magia solo le restaba utilizarla para divertirse, como haciendo que la pianola tocara solita valeses y polkas mientras giraba bailando y se probaba nuevos vestidos que aparecían en su baúl de latón. Además, la tía Martha estaba de acuerdo en hacer pequeños actos secretos de alegría a los demás, como poner de encargo a todas las cabras del rancho al mismo tiempo, hacer que los moribundos sonrieran viendo su infancia en la inquietud de su muerte, acariciando sus manos, o haciendo florecer azucenas de colores en los jardines de

la abuela, el día de San José, para que pensara en el abuelo y su promesa de reencontrarse en el cielo.

Disfrutaba de su libertad infantil y solitaria como un jilguero le canta al viento, corría sin sandalias sobre la hierba y las flores del campo y se acostaba sobre la cantera caliente, para dibujarle la forma a las nubes con la punta de sus dedos. Era un alma joven, sencilla y sin ataduras. Ella decía que por haber nacido en luna nueva y ser sagitario se mantenía joven. Pero al mismo tiempo... algo se arregló en ella, porque cada vez se volvía más imponente: su piel era más firme y pareja, el cabello le crecía con mayor velocidad... Incluso aprendía nuevos saberes de santería, hechizos y hasta comenzó a soplarle a las hormigas y a la corteza de los árboles, para dar bendiciones a los bebés no nacidos y a las mujeres en encargo.

Esa mañana, la solana había dejado el cielo azul y transparente y bajo el nogal que estaba afuera del pórtico, mi tía Lupe con apenas cuatro años, con las mejillas chamagosas de lágrimas y mocos señalaba el cadáver de un polluelo, arrastrado por la infancia y el viento del nido de golondrinas, en la esquina del salitre de la pared de la casa. La tía Martha tomó al cadáver de trapo aún sin plumas entre la callosa textura de sus manos, lo acercó a su rostro y dejó rastros de su labial coral en el pico del pajarito cuando éste empezó a piar nuevamente vivo. Desde entonces, el milagro de Martha sobre los animales llevó a la casona a todo el pueblo y embutió el zaguán y hasta la cocina de puercos con moquillo, perros sarnosos y gatos con las narices infestadas de tiña, que desfilaban uno a uno esperando los remedios de hierbas o los rezos de la tía Martha.

Para esos días, poco a poco, a la casa fueron llegando más gatos. No entendía el gusto de mi tía por esos animales tan flacuchos y engreídos, hasta que un domingo, antes de salir con el encargo de la cubeta para el menudo y riñones de pollo para los perros, la vi desayunando un jugo de naranja y zanahoria, rodeada de gatos. Era muy temprano y solo ella estaba despierta.

Me acerqué lentamente para asustarla, pero cuando la escuché hablarme, me detuve:

—Chula, ¿alguna vez le has pedido un deseo a un gato? Le puedes pedir lo que tú quieras... A veces te lo concede, solo tienes que conocerlo muy bien para saber sus gustos: si acepta tu comida, tu deseo se cumple —dijo mientras acercó su boca a los despeinados pelos de las orejas de una monumental gata calicó de tres colores, susurró lentamente y le ofreció un trozo de jamón ibérico que la adiposa felina olfateó y después probó tranquilamente.

Durante la epidemia de la peste entendí lo que les pedía a sus gatos. Dos semanas después del éxodo de los animales, sin uno solo de ellos no podía cumplir sus deseos contados en el peluche de sus orejas. Entonces, mi tía Martha empezó a marchitarse: su risa ya no endulzaba el olor a mole de la cocina, manchones con forma de flores y el color de las lentejas empezaron a aparecer en sus cada vez más delgadas manos y, poco a poco, el ceño le fue desdibujando su mirada quieta y llena de indulgencia.

Cuando nos regresaron a los gatos ya era demasiado tarde. La tía Martha no soportó la pesadez de los párpados tapando su mirada de mar, en el mismo espejo que la había visto volverse preciosa; en poco tiempo enfermó de la peste. Fue la única que se contagió en la casa. Y cuando fui a levantarla para rezar el rosario del día de todos los Santos ya no me respondió a la puerta.

Me gusta cuidar a los gatos que dejó mi tía. Y a veces, cuando pierdo el monedero, se me cae un arete, tengo algún antojo o aún no ha llovido para el día de San Isidro Labrador, en mayo, tomo un poco de jamón, le cuento un secreto a la oreja de un gato y le pido un deseo.



HIPERHIDROSIS

En la hiperhidrosis, los estímulos estresantes desencadenan sudoración excesiva en áreas del cuerpo como palmas, plantas, piel cabelluda y axilas, debido a una hiperactividad nerviosa que estimula las glándulas sudoríparas.

De: rodrigopush22@gmail.com
Para: alejandroduarte92@gmail.com

Asunto: Sin asunto.

Durante dos años visité cuatro psicólogos, me sometí a distintas terapias y hasta busqué rituales para soltarte y superarte. Pero creo que no lo logré, al menos no por eso. Aprendí que nada es para tanto ni para siempre, que no existe recuerdo, por intenso que sea, que no se apague algún día con la indiferencia del tiempo o la decepción, incluso el tuyo.

Yo sé que lo nuestro no fue fugaz, nos amábamos. Tus facciones, tu risa, tu trato y hasta tus celos me lo decían, pero esta estúpida inseguridad mía fue lo que provocó todo esto, que no pudiera sostenerte de mi mano sin sentir cómo te resbalabas de mí y huías derretido de entre mis dedos mojados. O tal vez fue la sensación de esa hebra húmeda de sudor bajando por el costado desde mis axilas, que nos dejaba viscosamente pegados en ropa interior, durante nuestros besos en el sofá, viendo una película de cine irlandés. Creo que no te daba asco o al menos nunca lo demostraste... tal vez eso fue lo que hizo que te fueras y me dejaras con este vacío en el alma durante dos años: dos largos años besando tu recuerdo bañado en sudor.

Perdón, eso fue demasiado y no te escribo para reclamarte; vengo con bandera blanca. Te escribo para decirte que ya te superé y para informarte que me siento muy bien sin ti.

Las nubes se abrieron el día que me marcaste. Quise correr hacia ti, rodearte de abrazos, de alegría, de lágrimas de agua y de sudor... Y lloré. Lloré cuando supe que al fin te volvería a ver. Cuando llegaste en tu pequeño coche gris, me di cuenta de todo y caí en un derrumbe de desilusión, al ver que ya no te destacabas entre las otras personas que cruzaban la calle junto a ti, que ya eras tan común como cualquiera. Las

lámparas ya no diluían su luz en tu rostro y tampoco se detenía el tiempo ni cambiaba el tono azul del cielo con tu andar.

Agradezco en verdad que te hayas tomado la delicadeza de vernos, al menos para mirarte de frente y darme cuenta que eres otro, que el hombre que amé ya no vive más en ti, que tu risa es diferente, que tu olor, tu cabello y tus labios están llenos de él y ya no de mí. Pero no me di cuenta por mí mismo que eso había pasado, el tiempo y tú se encargaron de eso, de cambiarte. Cuando estuviste lejos, mis amigos y mis hermanos tenían un pacto: jamás decir tu nombre; el solo articular alguna letra, por Dios, aparte de tan largo, me hacía sudar. Todas las palabras que iniciaran con tus sílabas o rimaran con tu nombre estaban prohibidas, como alebrije, alcafar, alegría (sobretudo ésta), alarma, aljibe, alameda, alejarme, alejarme de ti, Alejandro. Tan solo escuchar el inicio de tu nombre me destrozaba el pecho y me hacía ahogarme en un mar de sudor y llanto

Durante dos años se acabaron las fiestas en la alberca y, por su puesto, dejé las clases de alemán. Pero eso terminó ayer que nos vimos. Mi vocabulario volvió a ser el mismo, mi lengua ya no se trabó y me di cuenta por qué te vi tan distinto, tan simple y tan común, que se acabó. Intenté egoístamente hacerte el mismo de antes, recordar lo que eras para mí, obligándote a encajar en lo que fuiste, y me quedé mudo y seco; no supe qué hacer. ¿Qué haría ahora mi cuerpo sin el que eras tú para mí? ¿Qué harían ahora mis brazos húmedos sin tu cuerpo para llenarlos? ¿Qué haría mi piel sin tu risa para mojarme en un estanque de agua salada?

A mí que me gusta ponerle nombre a todo, no sé cómo nombrar lo que siento hoy por ti y por lo nuestro, pero te lo puedo describir: ¿recuerdas aquella serie coreana de un romance en esa oficina de abogados cursis, una como de veinte capítulos? Cuando la terminamos, no sabíamos qué ver; nos invadió una sensación extraña: entre tristeza y aburrimiento, que nos hizo verla de nuevo desde el primer capítulo, con tanta emoción

y espera... pero ya no era lo mismo, ya no se sentía igual. Esta nostalgia postmoderna fue lo que sentí cuando descubrí que no eras el mismo, que tu olor ya no era el del suavizante de telas azul clarito y el calor de tus manos era medio grado más bajo, que ya no sentía lo mismo por ti, y tenías razón: ya no éramos los mismos.

Y ya no. Mi cuerpo ya no suda cuando te veo, cuando te pienso o cuando escucho las sílabas de tu nombre. Me liberé de lo que eras tú para mí, de tu afecto y tu desdén, de todo, siempre junto y a la vez. Algunos dicen que liberarse de algo te deja un vacío en el pecho, pero mí me dejó muy seco.

Gracias por el café de ayer.
El tuyo de antes, para el tú de ahora.

Rodrigo.



COSTRA

*R*esultado de un exudado o sangre seca en la piel, generalmente sobre una solución en la continuidad o herida.

Estoy seguro que te pasa igual que a mí cuando te encuentras un sapo panzón croando después de la lluvia, cuando te hace caso un gato en la calle para que lo acaricies, cuando se detiene el tiempo en la escuela porque en el recreo se metió un perro o cuando sucede cualquier cosa interesante y corres a tu casa a platicarle a la persona más especial para ti.

A mí me gusta contarle las cosas importantes a Cristóbal, mi hermano mayor. Siempre lo mantengo al tanto de lo que pasa en el pueblo y en la casa: que si mi mamá hizo picadillo, otra vez, que si se le quemaron las gorditas de horno a mi tita Carmen o que si le trajeron serenata con grupo norteño a una de mis primas grandes; el primero en enterarse es Cristóbal. El problema es que para hablar con él tengo que buscarlo debajo de la cama o en el ropero, porque él se murió cuando tenía cinco años, antes de que yo naciera. Fue una tragedia para toda la familia. Cristóbal estaba jugando en el corral con los pollitos que nacieron en la primavera. La camada era muy grande y corrían en todas las direcciones: uno se cayó a la pila y por intentar sacarlo, Cristóbal se cayó al fondo y nadie pudo salvarlo. Cuando lo encontraron sus labios estaban tan azules como las lagunas, sus ojos estaban volteados y la cara abotagada de agua. Mi tata Rufino lo extrañaba tanto que cuando yo nací me pusieron su mismo nombre. Y para que no tuviera algún destino trágico similar al de mi hermano ahogado, al padre Juanito le dio por agregarme otro. Gracias a Dios, mi mamá no se decidió por Secundino y prefirió agregarle primero Mario al Cristóbal.

La primera vez que lo vi no tuvo que decirme quién era para reconocerlo, pues en mi familia se habla tanto de él que cuando se me apareció, lo abracé y empezamos a jugar a las canicas y a los monitos sin tener que decirnos nada. Me gusta que me acompañe a la tienda en la tarde a comprar pan o salchichas para cortarlas en rueditas y ponerles limón con salsita roja. A veces nos peleamos, creo que eso es normal entre hermanos, no sé bien porque solo tengo uno: a él, pero,

cuando discutimos, el que siempre dice las cosas más feas soy yo, como que si a mí me recogieron de la basura como él dice, que entonces él es quien tiene aliento de muerto o que se vaya al panteón a sacarse los gusanos de la cabeza y me deje en paz; aunque luego me arrepiento y lo ando buscando por todas partes para pedirle que no se vaya.

El otro día descubrí cómo puedo quedarme a jugar con Cristóbal toda la tarde. Ese día me regañó mi tata Rufino porque según él andaba muy testarudo y me comí toda la gelatina del postre, el día del mole de mi tío Pepe. Me agarré llorando y pedaleé bien fuerte en la bicicleta por el monte hasta que me caí y me raspé las rodillas. ¿Conoces el mertiolate? Es la peor tortura que existe en este mundo, y el sentir el pequeñito y macabro aplicador pintado de naranja sobre la herida abierta de mis rodillas fue un castigo que considero adecuado por las travesuras que hice. En dos días se me hizo una costra guinda sobre la rótula, que deleité arrancar, poquito a poquito, los pedazos de sanguaza áspera y ver cómo se iba descubriendo la herida rosa, separándose de la moronga; es un placer indecible e inigualable, no te puedes detener. Cuando terminé de retirar los restos de la moronga seca, la herida se abrió más profundo, se dejaron ver algodoncitos amarillos de grasa y la sangre fresca empezó a brotar a borbotones. Fue en ese momento que sentí la piel chinita, los ojos se me pintaron de negro por dentro, los cerré, caí de narices en la tierra y de repente empecé a jugar con Cristóbal. No sé cuánto tiempo estuvimos platicando, solo sé que jugamos al patín del diablo, recortamos una monografía de la Revolución mexicana y hasta hicimos telarañas con los hilos de Resistol entre nuestros dedos, acostados de panza en el corral.

Al día siguiente, estaba mágica e inesperadamente acostado y batido en sudor en mi cama, como si despertara de un sueño, pero Cristóbal ya no estaba ahí. En cambio, mi tata Rufino estaba sentado junto a mi pierna vendada cuando me

desperté, y con las arrugas de su mirada preocupada me platicó la historia de los niños fantasma. Me contó que no es cierto que se le salen las tripas a los niños cuando se arrancan las costras, como dice mi tío Pepe; dice mi tata que pierden gotita a gotita la sangre y que se van despintando tanto hasta que se desmayan y que cuando despiertan, dejan de verse y se vuelven transparentes, que en ese mundo de fantasmas no hay con quién jugar porque nadie te ve, que nadie te da de comer porque ni tu mamá puede escuchar que tienes hambre y que quieres llorar, pero como no tienes sangre, no te puedes hacer de lágrimas en los ojos. Creo que anoche estuve ahí, con Cristóbal.

Quiero volver a jugar toda la tarde con Cristóbal, mi único hermano, mi único amigo, pero, aunque no creo en fantasmas, me da mucho miedo volverme uno. Quizá si voy de nuevo al monte a hacerme una costra, quizá si solo es chiquita y me la arranco de la orilla nada más; quizá si solo es un poco, no me vuelva un fantasma y así puedo volver a ver a mi hermano y podemos jugar, aunque sea hasta la hora de volver a dormir.



LIVIDECES

*D*urante el proceso de putrefacción de un cuerpo, aparecen manifestaciones que se conocen como fenómenos cadavéricos, entre ellos: enfriamiento corporal, rigidez, deshidratación corneal y livideces. Estas últimas aparecen por el efecto de la gravedad de la sangre en sitios declives como las espalda o piernas, ocasionando tinciones color violeta o rosado que aparecen los primeros minutos después de la muerte.

—No les digas que estoy muerta —me gritaba desesperada esa mujer pálida cubierta en sangre y lágrimas al lado de su propio cadáver tendido en una camilla.

El ingreso había llegado directo al área de choque ya en paro cardiorrespiratorio. Tres médicos residentes intentaban reanimarla sin saber el origen de su enfermedad, solo les importaba salvar su vida. Era mi primer mes en el hospital, pero no era la primera vez que me hablaba un muerto para una última petición, un último favor: que lo dejara descansar de su existencia en la tranquilidad del sueño eterno. Ya antes había ayudado a algunos aparecidos chorreando ganglios viscosos y transparentes, con las tripas asomadas por fuera del abdomen, que entre alaridos daban una despedida póstuma a su amante, un abrazo a través de mí a un hijo arrepentido o el lugar exacto del escondite secreto de una fortuna perdida.

—No les digas que ya estoy muerta, no les digas; ya me despegué de mi cuerpo, por favor, no les digas. No les digas que no puedo volver a unirme a él, a esa funda débil de carne. Necesito volver, quiero que sigan intentando. No les digas que ya morí.

—¿Hace cuánto que te moriste?

—No sé. Llevaba enferma algún tiempo, pero hoy todo empeoró: pasé la mañana acostada, con el calor de la ventana y entre el rumor de la media tarde, me quedé dormida... ¿qué hora es?

—Las seis de la tarde —dije viendo mi reloj.

—¡Miguel, usa tu reloj para darnos tiempo en los ciclos!
—me ordenaron a gritos.

—Sí, doctor. ¿Empiezo ya?

—Uno, dos, tres... —gritaba un médico que depositaba su robusto peso sobre el cuerpo caquético del reciente cadáver,

que se movía como un trapo frágil y viejo al ritmo de los movimientos compresivos y crujientes en el centro del pecho roto.

—¿Sufriste mucho? —le pregunté preocupado.

—No recuerdo, no me acuerdo de nada... el dolor se va alejando cada vez más —se agarraba la cabeza con desesperación y tristeza.

—Es por la muerte, hace que se te olviden cosas, es lo bueno. ¿Aun así quieres volver?, ¿aunque te acuerdes de todo lo que te dolió?

—Sí, dejé muchas cosas por hacer... muchas... —suspiró.

Me paré al pie de la cama. Las delgadas piernas del cuerpo de esa mujer muerta, que aullaba junto a su cadáver, eran dos columnas congestivas de mármol púrpura: se sentían frías, húmedas y silentes cuando las toqué, ya no había vida en ellas. Sus uñas putrefactas y gruesas podrían haberse desprendido en pedacitos y costras terrosas, aún estaban mal pintadas de un sucio y vulgar color rojo y a un lado de la cama, su ropa roída y vieja, que seguramente colocó esa mañana de forma cotidiana sin saber que esa misma tarde moriría.

—¿Qué estás haciendo?, ¿ya estás revisándole la piel otra vez? Eres un inútil. Haz algo y ayúdanos.

—Pero... es que ya tiene livideces —contesté.

—¡Cállate! No les digas nada, que se van a dar cuenta que estoy muerta y quiero volver. Aún me faltaba tiempo... quiero volver. ¡Esto es una pesadilla! —gritó el alma de la mujer muerta.

Era el tercer ciclo de reanimación. El residente de mayor edad pidió las palas para tomar el trazo cardíaco final y declarar la muerte.

—Ya es muy tarde, ya no podrás volver. Mírate cómo estás, cubierta de muerte. Si regresas, todo te va a doler de nuevo. La

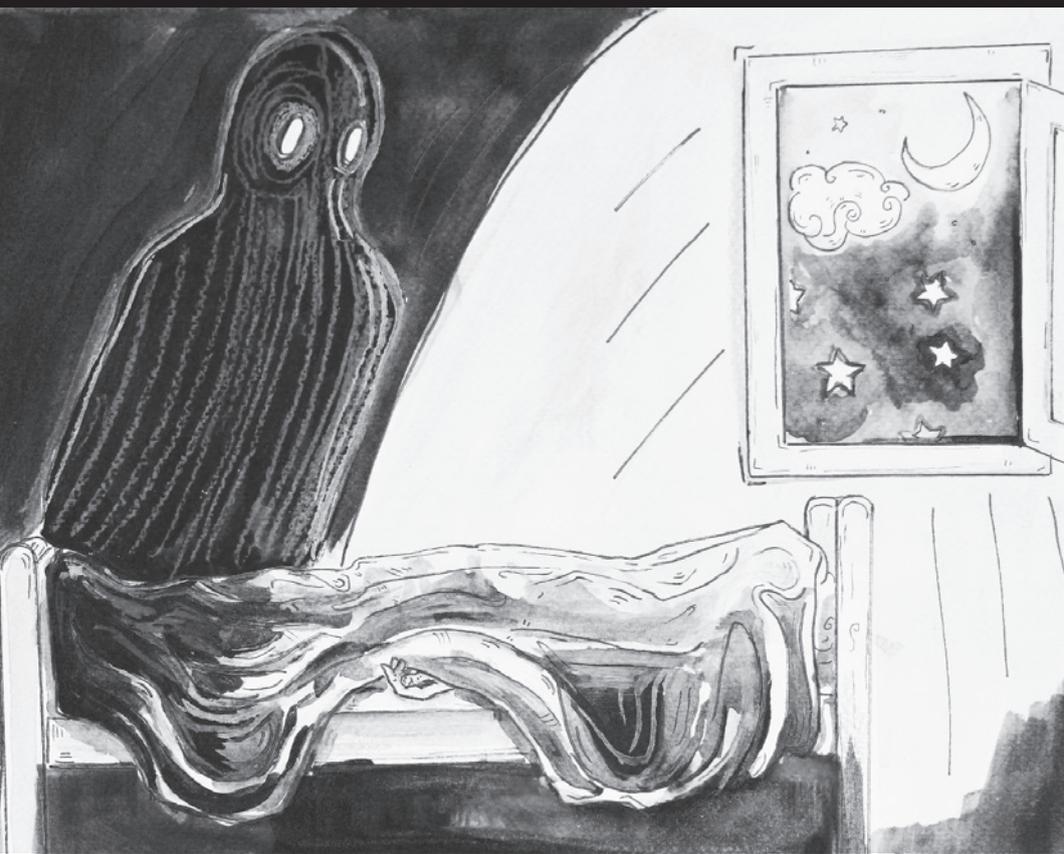
vida está llena de penas, de sombras. ¿Para qué quieres regresar a vivir?

—Diles que no estoy muerta. Inténtalo, por favor. Hazlo por mí. Prometo hacer las cosas bien —dijo en un grito desesperado.

—Doctor, ¿puedo subirme e intentar un ciclo más? —pedí mi turno y junté mis manos una sobre otra, encima del pecho del cadáver...

—Cuando vuelvas no recordarás que platicaste conmigo, pero aquí voy a andar por si tienes sed, porque los que regresan necesitan algo para sacarse pronto el olor a muerto del cuerpo y de llenar de agua la vida que les falta en las venas.

—Gracias —dijo la vieja mujer muerta, con voz débil y su sonrisa oscura y apagada, acariciando tiernamente la frente de su propio cadáver.



LEPRA

En la antigüedad, la lepra era considerada una enfermedad altamente contagiosa; por ello, algunos concilios ecuménicos obligaban a que cualquier probable enfermo de lepra fuera expulsado de la sociedad, su matrimonio fuera disuelto y sus bienes expropiados o heredados. Incluso se realizaba un rito funerario religioso donde se le vestía con ropas de san Lázaro y se entonaban cantos indicándole: “ahora mueres para el mundo, pero renaces para Dios”.

Como cada diciembre, la humedad fría se le cuela por las úlceras de las piernas y le agujera las tibias hasta hacerlo despertar, pero eso lo sacude solo unos instantes y se vuelve a quedar dormido, metido en un sueño hermoso en el que acaricia leones en el jardín de su casa, mientras los hipopótamos juegan con el agua verde de las fuentes, viendo a los tordos bañados por la luz de la media tarde. Él toma una limonada esperando su resurrección a la vida nueva como se lo habían prometido las caricaturas de ese folletito de papel que le dieron en la iglesia de los hermanos de enfrente. Pero esta mañana, lo despierta un ruido que cimbra sus oídos y no le permite dejar los ojos cerrados; escucha allá afuera el golpeteo sobre la madera vieja y húmeda que le taladra los pensamientos en las sienas. El aire pesado y caliente por su propio tufo atrapado en el ataúd le aprieta el pecho y le llena los pulmones de angustia: está enterrado y sigue vivo.

Ha despertado en su peor pesadilla, que no es morir y que lo entierren, tampoco que lo entierren aún con vida. Despierta en la agonía del más vil sueño: que lo sacaran de la tierra después de estarse pudriendo por años en ese viejo ataúd de madera, para volver afuera, a la existencia. Primero los palazos que retiran la tierra aporreando las tablas agujeradas por la polilla y luego los martillazos para quitar los clavos, despiertan a Vicente después de estar dormido, enterrado más de treinta años. Esa terrible realidad de volver de la muerte se le trepa por la espalda y se le queda como un nudo frío, torcido y húmedo en la nuca, en la que no entiende por qué aún tiene carne. Cuando escucha el chillido de las bisagras abriéndose, la luz de la mañana hace correr a los turicates de la cuenca de sus narices y lo obliga a respirar un aire tan limpio y lleno de olores de afuera que le da asco y lo hace vomitar sobre el traje negro con el que disfrutó, aún muerto en vida, su propio funeral.

Fue un evento grande que le pareció apropiado y solemne para la figura tan importante que representaba él en la familia.

El tío Vicente era dueño de casi todo en el pueblo y cuando le dijeron que tenía esa enfermedad, que se le pegó por apedrear y comer armadillos a los veintidós años, tuvo que heredar a sus sobrinos sus terrenos, la fábrica de cirios y todas las cabezas de ganado, para después ser enterrado vivo en un ataúd negro que él mismo escogió. En los siguientes años, a pesar de seguir vivo, se estaría pudriendo como un cadáver en esa cajita de difunto. Lentamente, su carne iría reblandeciendo, mientras su cuerpo crecería hasta convertirse en el de un hombre: creciendo y pudriéndose a la vez, poco a poco...

Eligió una caja más grande que su estatura porque además de que sería más cómoda para cuando se girara entre la seda de las paredes, aún le faltaba crecer un poco más. Los hombres, dicen, cesan de crecer a los veinticinco años y con los tres años que le faltaban, si el féretro le quedaba chico, podría jorobarse de la espalda o las rótulas podrían quedarle valgas. Hasta eligió, con mucho cuidado, la música que escucharían a la vez que se serviría barbacoa con frijoles negros y un acordeón y dos guitarras entonarían en falsete, como si unas muchachas cantaran: “la razón que me indujo a quererte, es la misma con que hoy me despido”. Aunque esa música nunca hizo llorar a los asistentes, pero sí vaciar botellones de destilados en vasitos de vidrio, fue la fiesta más recordada que ha habido en Cocula, en estos treinta años que lleva enterrado Vicente, en el panteón de la Cruz.

En ese mismo panteón, el difunto eligió el mejor sitio para que lo enterraran. Desechó la idea de un mausoleo de mármol porque, aunque le parecía digno, el frío de la piedra y sobre todo el de principios de enero le perforaría los huesos ya reblandecidos desde que le dio polio. Tampoco quiso una urna horizontal clavada en la pared porque tendría demasiados vecinos y estarían muy cerca, haciendo tanto ruido cuando platicaran entre ellos, que no lo dejarían descansar. El sitio elegido para su tumba fue sencillo, bajo un naranjo; a él siempre le gustó el sonido del

viento colándose por las hojas, simulando el rumor del mar... Además, el sopor de las flores lo adormecería cuando entrara la primavera. Incluso bajo la sombra del árbol había una banca de piedra, donde las personas que quisieran visitarlo podrían sentarse junto a su lápida y contarle alguna que otra situación importante que ocurriera allá arriba, allá afuera. Pero nadie lo visitó en tres décadas.

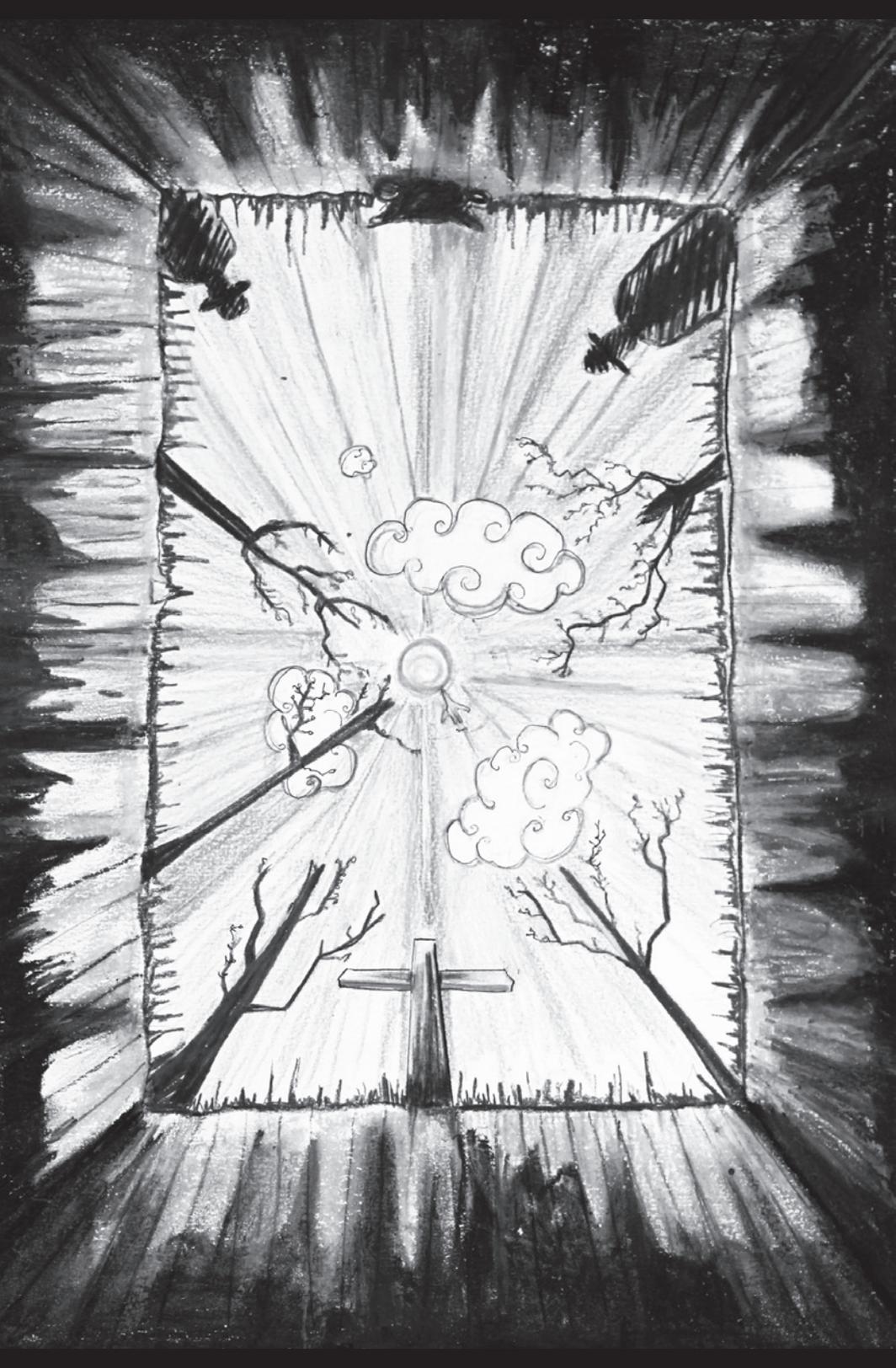
Se quedó solo desde que lo diagnosticaron con la enfermedad. Por el temor a agarrar esa peste que lo estaba sentenciando a la soledad, nadie se le acercaba. Para ese entonces, ya tenía meses sin sentir nada en su piel y sin oír los susurros de la gente. Se sentía tan ajeno al mundo que los días y las noticias pasaban solitas sin importancia frente y junto a él. Hasta que un día dejó de ver por completo las cosas, su vista se le tornó en una ceguera blanca que le nubló los ojos, aunque después la sorpresa y la tristeza del nombre de su mal le recuperó la mirada, aunque le dejó un ojo torcido.

Pero ahora recuperaría la vida y ese es el problema. Hace pocas semanas se declaró en el pueblo que todas las personas que habían sufrido la ley de la plaga, en la que debían ser despididos en vida de todo lo que conocían, ahora ya podían salir de su tumba, porque ya no se consideraba una epidemia peligrosa ni contagiosa. Así que después de tres décadas de enterrado, regresa a un mundo que ya no le pertenece, con una familia que ya no conoce y que, además, es dueña de todo lo que había sido suyo. Desde hoy, el día que regresó se siente ajeno. Lo han sacado de la paz de la muerte para traerlo de nuevo a un caos lejano a él. Además, Vicente ya no es el mismo, la falta de alimento lo adelgazó tanto que parece que le han achicado los huesos bajo el pellejo, la piel arrugada y pegada a los tendones que parecen hilos de carnaza ocultos bajo una descolorida flor de papel de china. Su rostro es triste y nostálgico, con los ojos hundidos en su cráneo, sonriendo hacia abajo como alguien que se va a morir. El tiempo le ha tumbado la nariz de en medio

de su cara y él se olvidó de colocarse de nuevo las cejas y pestañas, por la prisa con la que lo han sacado del ataúd. Camina poco por la debilidad de sus muslos y deja a su paso lento un hedor a humedad, a encierro y a podredumbre, mientras los chinguiles y otros gusanos caen de sus pantalones al ritmo del cascabel que tiene amarrado a su tobillo.

Como las más de trescientas personas que se han desenterrado esta semana en el pueblo perdido de Cocula, para volver a la vida, decide perderse él también y encerrarse en su antigua habitación, que ha sido transformada en un cuarto de tiliches, llena de un reguero de cosas olvidadas con olor a guardado, polvo e indiferencia. Así pasa el resto de sus días, con la puerta cerrada y la chapa puesta.

Treinta años volverán a pasar para volver a ser enterrado y, ahora sí muerto, por fin descansará.



PEDICULOSIS

*L*as infestaciones por piojos en la cabeza han sido relacionadas con pobreza, mala higiene, marginación e incluso depresión. Estos mitos han ocasionado el aumento de casos y contagios en oleadas, especialmente en niños.

En 1993 una serie de sucesos insólitos conmocionaron a la ciudad. El más importante: un tropel de asesinatos y suicidios que acabó con la vida de cuarenta y dos niños, de entre siete y quince años de edad, era investigado por la policía, mediáticamente presionada por la opinión pública. Pero mientras esa noticia turbaba la rutina de los habitantes, la primera epidemia de piojos entre la población era ignorada. Fue hasta la segunda oleada que los médicos empezaron a relacionar ambos eventos.

La cadena de crímenes inició en febrero en una escuela primaria. Tres niñas de segundo año se encerraron en el baño junto con una compañera de clase y dos de ellas ingirieron veneno para hormigas, mientras su amiga aterrorizada las vio burbujear espuma por la boca. Dos semanas después, la niña que observó el suceso inició con mareos y dolores de cabeza intensos y vibratorios, casi sonoros, que no la dejaban dormir. Varios médicos la exploraron de pies a cabeza sin encontrar otra alteración más que una leve infestación de piojos, tan difícil de erradicar como una hidra de Lerna, porque por cada piojo adulto que le retiraban, aparecían de tres a cinco huevecillos más. La joven madre, enloquecida y cansada de deslindrar a su hija con los dedos y rascarle la cabeza cada tres horas, la terminó intoxicando con jugo de quenopodio y aerosol de oco... aún se cree que fue accidental.

“Existe la creencia de que los procesos mórbidos del cuerpo, sobre todo las infestaciones, acompañan al ser humano en los más denigrantes estados de salud y de ánimo, principalmente en las afecciones psiquiátricas”, escribía el doctor Javier Flores como subtítulo de un pequeño artículo de opinión sobre la depresión en niños, en el periódico *El Despertar*, un viernes por la tarde. Mientras escribía, sus dos hijas regresaban a casa de la escuela, con sus enormes mochilas amarillas y el chaleco del uniforme azul marino. Ana Valeria, la mayor, no

cenó y se quedó dormida inmediatamente, a la par que María Inés jugaba con Balto, un caniche blanco de avanzada edad.

Como epidemiólogo, el doctor Flores se interesaba en el impacto de las plagas en la población. En la epidemia de gripe caprina que azotó América Latina, él, siendo apenas un egresado, conoció en las tiendas de desinfección a quien sería su esposa. Pocos años después, cuando la epidemia acabó, concibieron a sus dos hijas: María Inés, la menor, era enfermiza y el abuso de antibióticos reventó sus oídos, dejándola en un silencio total desde los cinco años; era fácil reconocerla por sus pequeños aparatos auditivos blancos, que usaba atrás de las orejas y se retiraba al dormir, dejándolos en la mesita de luz que compartía con su hermana, quien esa noche dormía a su lado con un intenso dolor de cabeza.

Por la madrugada, el movimiento de las volteretas de Ana Valeria en la cama despertó a María Inés, que se colocó un solo audífono en la oreja derecha y lo prendió. Fue en ese momento cuando los escuchó: un cántico en cuatro voces que era constante, agudo y fuerte, que se hablaban y contestaban en armonías irregulares y tenebrosas, con acordes disonantes que juntos simulaban lamentos. Buscó bajo la cama el origen de los cantos que poco a poco aumentaban en ritmo... Al principio parecían tranquilos, pero las voces fueron elevando su volumen y sus quejidos. Prendió y apagó la televisión varias veces para asegurarse de que no fuera un problema eléctrico y hasta intentó hablar con su hermana, que, aunque no dormía, su mirada estaba perdida y solo contestaba con gruñidos en las mismas disonancias. Fue entonces que sintió una mordida en la nuca y se quedó dormida con el audífono derecho puesto, a partir del crepúsculo.

Después de que más de noventa niños murieran durante la segunda oleada de la epidemia de piojos, el doctor Flores, lamentando la muerte de su hija Ana Valeria, encontró en el cuaderno de música de María Inés (quien no volvió a utilizar su

amplificador de sonido) cadáveres de piojos aplastados entre las costuras de las libretas y pentagramas con arpegios altisonantes e irregulares, cuyo sonido era tan agudo que solo podría ser escuchado por oídos de personas jóvenes. En ese momento comprendió quiénes eran los culpables de la locura que llevó a tantos niños al suicidio.

La epidemia cesó por si sola algunos meses después y, de acuerdo a las investigaciones del mismo doctor Flores, se cree que la infestación de piojos puede ser cíclica y que volverá en pocos años.



PEDICULUS CORPORIS

La primera infestación del ser humano por el piojo del cuerpo (*Pediculus humanus humanus*) ocurrió en el paleolítico medio, hace 170 mil años. Desde entonces, este parásito hematófago ha acompañado a la civilización, ocasionando en su convivencia epidemias de tifus en las trincheras, en los campos de concentración nazis y en las peores condiciones de marginación social, miseria y hacinamiento de la historia humana.

Cuando el creador de todo lo perceptible me entregó el primer ser humano recién nacido, desnudo y envuelto en pieles de venado, nunca lo consideré un ser primitivo; al contrario, su fragilidad despertó en mí una ternura inexplicable que me obligó a hacerle la promesa de cuidarlo de lo que lo rodeaba, sobre todo de sí mismo. Desde que nació he estado ahí: lo sentí tiernito entre mis garras, sentí la impresión delicada de sus ojos y el palpitar de su diminuto corazón; lo vi crecer como si fuera un niño: decir sus primeras palabras en dialectos tan distintos y bellos a lo largo del mundo, dibujar mamuts en las paredes con sus manitas manchadas de cieno y aprender a escribir en hojas de papiro. Apeñuscado a su cuerpo, le enseñé a cultivar las flores comestibles, a cazar jabalíes y a curarse las fiebres apenas iluminados por la lumbre que nos protegía de los depredadores. Así logramos sobrevivir.

Con el tiempo me sentí orgulloso de sus logros, de su pensamiento y de su humildad. Descubrí, mientras me alimentaba de la sangre tibia que brota de su corazón, la empatía que llega desde ahí hasta su cabeza y que hermanado con otros hombres lograba construir ciudades hermosas y llenas de paz y compasión o crear dioses inverosímiles tan parecidos a él, a los que les rezaba con fervor y nostalgia. Hasta que se dio cuenta de que su propia conciencia podía llevarlo a obtener más de este, nuestro mundo, y conoció el pecado y la maldad.

La primera vez que intenté detener a los hombres fue cuando los envenenó la ignorancia y una oscuridad recayó sobre el mundo. Hacía mucho frío y el hedor de la suciedad ocupaba las calles empedradas de sus obscenos asentamientos. Entonces, mis hermanos y yo decidimos escarmentarlos con plagas de tifo, que con el paso de algunos años funcionaron. Los seres humanos retomaron el rumbo y volvieron a cantarle a la belleza, a crear cacharros perfectos, explorar el mundo, mirar al cielo durante el crepúsculo y admirar la naturaleza. Viajamos juntos por tierra y por mar a zonas inexploradas, del

otro lado del océano conocimos ciudades de piedra y arcilla que me hicieron recordar con nostalgia cuando nuestros primeros humanos eran apenas unos pequeños: tan nobles y honestos. Pero los más viejos se aprovecharon de esa inocencia y en poco tiempo volvió a reinar la oscuridad.

Me ha llevado consigo a donde quiera que va como una madre lleva a su hijo en el rebozo. Lo he acompañado en todos sus pueblos y en los momentos más difíciles de su historia. A lo largo de los siglos, tan breves para mí como un pestañeo, he intentado aleccionarlo para mostrarle la bondad con la que fue engendrado, que es capaz de recordar y hasta lo que puede crear con sus manos para sí mismo y para los demás.

He visto a grandes humanos caer por la venganza, la envidia, el apego y el deseo que llevó a muchos hombres a dominar el mundo antiguo y moderno mientras se olvidaban de dominar la cama de su alcoba. Hice caer vencido por la fiebre al ejército de Napoleón en las trincheras frías de Bélgica mientras él lloraba por el amor de su esposa en su exilio en la isla de Elba y detuve la primera guerra entre los hermanos arios que luchaban por el único alegato de ser hermanos. La siguiente guerra la vi con mis propios ojos y no logré detenerla; muchos de los pequeños seres que yo debí cuidar perecieron en formas tan inhumanas que me hicieron desear no haber conocido nunca al hombre. Por eso me oculté de él por muchos años entre las ropas de los más marginados, sin murmurarles, cuidándolos, siempre en silencio.

Han pasado algunos lustros desde entonces. Ahora estoy cansado y un poco aburrido. Y descanso aquí, en un barrio de una ruidosa ciudad americana, infestada de rascacielos y desdén, dormitando en un viejo sofá abandonado, esperando encontrarme al siguiente ser humano que sea tan noble como para habitarlo y que me permita cuidarlo mientras sobrevivo de su sangre, para recordarle lo que su creador le dijo al oído: eres tú quien puede cambiar el mundo que ambos habitamos.



PEDICULOSIS PUBIS

*L*os piojos del pubis son parásitos que consumen sangre humana insertando su probóscide en un vaso sanguíneo, por lo menos cincuenta veces al día. Sus actividades diarias de alimentación, cópula y defecación sobre la piel son fuente de irritación que lleva a comezón y rascado intenso, característicos de esta infestación que se transmite por el contacto físico íntimo.

Te conocí en el mejor momento de mi vida. Ese día tuve el orgasmo más fabuloso que he tenido. Las piernas me temblaban, el corazón latía tan fuerte que sentía un estallido de sangre embelesada con miel y canela en la frente, una alegría que se rompería en gritos ardientes y sordos atorados en el silencio, desde la garganta; pero tú no fuiste quien lo provocó, solo aprovechaste el momento en el que me sentía tan plena y apareciste después; o fue sólo por eso, quizá porque la estaba pasando tan bien que tu egoísmo no te permitía no ser parte de esto. Pero sucedió. Dicen que las almas gemelas se van a encontrar en seres completamente irreales y opuestos, aunque no creo que exista una historia tan única como la nuestra.

La siguiente tarde, cuando ya debías estar anidando en mi cuerpo, inició la primera comezón en la entrepierna y, al fijarme en la ropa interior, entre esas pequeñas manchas de pólvora grises y oscuras, te vi moviendo tus patitas de cangrejo, saludándome con ojos de huérfano, desde mis ingles y con tu estúpida cara de crustáceo, chupando gota a gota la sangre de mis venas pudendas. La verdad es que no sé qué fue lo que me atrajo tanto de ti: ese aspecto tan grotesco, los ojos saltones color violeta, tu piel diáfana y parda, la transparencia de tu abdomen hacia los intestinos y las vibrisas que salen de tu cuerpo aplanado me volvían loca. “Hola”, dije con pena y, mientras me sonrojaba, soñaba con tu respuesta, pero todo era silencio, permanecías mudo, sigiloso, colgando como equilibrista de un circo de pulgas de los resortijados vellos, recortados por el diseño brasileño que aún conservaba de la semana pasada.

Esta será nuestra última plática, la más importante, porque acabará con todo este sufrimiento que está taladrándome la cabeza. Solo espero que terminemos antes de que la perimetrina colapse a tu cuerpo. Te di todo: mi sangre, mi calor y sobre todo esa molesta comezón que sentía todo el tiempo eran dedicados solamente a ti; mientras, tú vivías de mí como una ladilla que me marchitaba el cuerpo desde adentro, secándome como el

heno a los cipreses. Hiciste desde el inicio lo posible por hacerme daño y me fui adaptando poco a poco a la tristeza, inmutable al perjuicio que me hundió mientras yo nadaba como las ranas chapotean dentro de la cacerola con agua que las hierve con lentitud hasta matarlas. Tus celos de diminuto vampiro desbordaban desde tus tenazas y los pelos de tus patas.

Recuerdo cuando cerrabas la puerta para no dejarme salir a caminar sola al parque. Tampoco podía bañarme sin sentir tus rasguños en la piel, cuando te encajabas en la profundidad de mis poros; hasta para dormir tenías que permanecer pegado a mi cuerpo, succionándome la energía y mi vida entera, como un parásito. Pero no siempre fue así, al inicio todo fue magia: el tacto de tus seis patas vellosas caminando con caricias sobre mi pubis me arrasaba con calor, erotismo, de seguridad, y hasta sentía que me protegía, o al menos eso me afirmabas.

Aunque no fueras capaz de contestar o me interrumpieras para decir algo más importante para ti, me gustaba platicarte mi día. Nuestra conexión fue tan grande que entendía exactamente lo que pensabas y seguía como esclava cada uno de tus consejos. Como la vez que me pediste que no me bañara una semana porque amabas el aroma agrio de mi cuerpo y esa manía de querer rascarme la entrepierna en todo momento, una de tus tácticas para aislarme del mundo entero. Ahora entiendo que esos consejos que amablemente me dabas solo eran para alejarme de las demás personas, incluso de las que más me amaban, de las que querían rescatarme de ti. Cuando por fin entendí lo que pasaba y quise alejarme, te volviste más insistente con el ardor y la horrible picazón: esas patitas articuladas y espinosas caminando y rasgando mis ingles, la irritación por tus orines quemándome y tu saliva hirviendo en mi piel me laceraban para no dejarme libre, siempre a tu lado.

Recuerdo el día que intentaste revisar mis mensajes guardados. Por la madrugada, entre sueños desperté y estabas inmóvil, con tus ojos fríos, casi muertos y fijos al teléfono, intentando

descifrar la contraseña de ingreso. Qué lástima que no seas bueno con los números y tu memoria sea la de un artrópodo. Entre dormida y despierta, tomé tu pequeño cuerpo entre mis dedos y te acomodé en mis ingles, para que regresaras a dormir conmigo, al calor y seguridad de mi entrepierna... aunque quisiera quedarme contigo, estoy casi segura de que en esta vida no pasará, tú jamás cambiarás. Tu cuerpo siempre será el de un crustáceo, tus ojos siempre serán saltones y estarán igual de separados por tu probóscide, siempre succionando de mi sangre para vivir y tu cuerpo exigirá la de otro, para estar pleno.

Por eso no seremos capaces de seguir juntos y despertar abrazados para después correr por el desayuno, de acomodar tu chamarra de mezclilla en mi clóset, dejando tu olor dentro de él, de dejar nuestros cepillos de dientes juntos frente al espejo en el estante del baño, de descubrir y quejarme de tus ronquidos, de romperme la cabeza pensando en cómo festejar tu cumpleaños, de hacer una vida juntos y terminarla de la mano. En esta vida no será posible porque no puedo pedirte que cambies y mi cuerpo ya no tiene más sangre para darle a tus colmillos ni a tus intestinos, mis venas ya se secaron por ti y por nuestra obstinación de seguir juntos. Lo siento, pero esto debe acabar. Si no te vas, ninguno de los dos podrá tomar el siguiente camino ni podrá descubrir un mundo repleto de atardeceres con colores nuevos, sin un nosotros, separados.

Debo dejar de oír tus gritos y el ruido de tus patas caminando sobre mí, que solo yo soy capaz de escuchar y que solo a mí me quitan y me dan paz. Te prometo que no te dolerá, solo sentirás cómo te recuesto en la comodidad y protección de una de mis uñas, mientras coloco la otra encima y, al apretarlas, el crujido de tu frágil cuerpo rompiéndose terminará con todo, con nuestro dolor... pero nos volveremos a encontrar, te lo prometo, y en la siguiente vez, en la siguiente vida, será diferente.



TILOSIS

*L*a piel tiende a engrosarse en zonas de sobrecarga, fricción o roce excesivo, endureciéndose para formar callos como mecanismo de defensa, comúnmente en pies o manos.

¿Te acuerdas, Juanita, de doña Mariquita de Alba? Acuérdate que era tía de tu prima Rita, de las más grandes, la que tenía los codos chinos de tanta tierra, que se ponía el mismo vestido de lunes a jueves y que igual que sus hermanas, caminando por la calle miraba a los demás por encima del hombro, mientras que en la casa remendaba los calcetines, aunque no le faltaran centavos para mercarle medias a todas las maestras de la secundaria. Acuérdate que te puso a trabajar en su cocina económica: primero a amasar las gorditas, a guisar la rellena con chiles cuaresmeños y hasta a cuidar que se terminaran la sopa de arroz los hijos de las señoras...

¿Te acuerdas que se enojó cuando supo que empezaste a contarles historias de soldados disfrazados de campesinos, que venían de quién sabe dónde a echar balas para que los dejaran confesarse y dar misa, aunque fuera a la hora del gallo? Pero a mí me consta que no fue por eso que te mandó envuelta en vestidos de holanes color pastel a darle de comer a los puercos. ¿Te acuerdas del puerco negro y grandote que decían que se comía vivos a los ratones? ¡Cómo chillaban mientras les partía la espalda con los dientes anaranjados y les molía los cráneos con las muelas! Me acuerdo que le decían el Oso porque estaba más peludo que el perro viejito que tenía tu papá, pero a ti te gustaba mucho por eso: por enorme y pachón. Hasta te movía la cola enchinada cuando le vaciabas la cubeta con sobras y tortillas duras en la artesa de fierro, allá donde lo tenían, en el cuarto del fondo del corral que arreglaron para que fuera el chiquero. El Oso era tan necio y celoso que sólo dejaba que tú entraras a darle de comer y a rascarle las orejitas calientes. Cuando nació te lo encargaron a ti. Era una pelusita negra de cabellos suavécitos y lacios. Se te quedaba dormido en la palma de la mano y aún no tenía dientitos cuando le dabas leche con agua de arroz, en una mamila, como un niño recién nacido. Te quería mucho.

A ver si no te echo mentiras, pero al Oso se lo frieron en carnitas para cuando bautizaron a tus primas. Tú misma le encajaste el cuchillo en las axilas, porque te obligó Mariquita, tu tía. Aún te miro chille y chille montada en el lomo del Oso, clavándole el filetero hasta las pleuras. Pobre Oso... ahí andaba echando borbotones de sangre por la boca, agonizando por todo el chiquero hasta que se murió, mirándote con sus ojos lastimados y traicionados por las manos agrietadas que lo acunaron. Y todavía te pusieron a lavar las tripas con vinagre de madres y jabón de la foca.

¡Cuánta longaniza hicieron con tanto bandullo del Oso, cuántos cueritos vendieron en la tienda de Mariquita y cuántas gorditas de chicharrón frieron para los niños de la cocina!, pero con ese dinero ni un rebozo bordado te tocó, eso decías, pobre Juanita, por matar a tu Oso. Canija Mariquita, que a regañadientes te obligó a perforarle el corazón; algo le has de haber hecho para que te agarrara de ojeriza y se le impusiera la idea de hacerte sufrir, viendo morir a tu animalito.

Pero no te hagas la inocente, que tú le hiciste algo peor a Mariquita. Que no se te olvide, Juana, que tu tía se enojó porque aún manchada de lágrimas y sanguaza y oliendo a sebo y coágulos, te veías preciosa, volando como los querubines con tu vestido ensangrentado entre los desperdicios. Eso lo notamos todos, pero el valiente, el que se animó fue Chuy; aunque después tú le decías don Chuy, ya que te casaste. Acuérdate que eso fue lo que disgustó a tu tía Mariquita de Alba, porque recuerdo que, por él y por ti, ella nunca se casó. Anduvo esperando muchos años lo que nunca pasó... En lo que te acuerdas, agarra y ponme en la estufa un pocillo del atole de masa y muélele dos hojitas de epazote, para que me quite lo empachado, porque hablando de tripas, las de anoche se me pegaron en la panza.

Don Chuy te cuidó re bien... En veces te miro apretando con los dedos la fruta en los abarrotos, todos llenos de callos y padrastrós de tanto fregar ropa de niños; ¡que cuáles niños!,

si ya hasta nietos tienen. Bien que les diste buena chamba a tus manos: primero cuando eras sola, a muele y muele en los metates de la cocina de Mariquita; y ya de casada, a lave y lave sabanitas de manta y pañales de tela de tanto niño que te hizo don Chuy. Que de seguro extrañas lavar y planchar tanto diablo de garra, ahora que ya eres viuda.

No te veo a ti, Juanita, como la mujer viuda que quieres ser: suelta como las gallinas, agarrando camino para el corral, toda oronda y libre, dichosa de ser sola. De pronto te imagino más como siempre has sido: una torcacita viva solo por estar acompañada, gris y amarrada a un nido de hierbajo y pelusas, despierta por tanto trabajo... Mejor te voy a traer los gabanes que tengo aterrados en el baúl, para que no se te acaben de limar las costras de las manos... En cambio, yo sí extraño que me atiendan bien, que me arrimen un jarro de agua cuando vengo de echarme el pleito con los otros viejillos de la cuadra, que me guisen y me tortién a mano. Acuérdate, Juana, que la mujer no puede estar sola y por eso tu Chuy estaría bien contento si me vengo a acompañarte, porque aparte tú guisas bien sabroso y tus guisos no deben desperdiciarse comiendo tú solita en la cocina, escuchando calmada las canciones de la radio. Piénsate y acuérdate que estarías mejor si me vengo a ocuparte en el quehacer, para que no andes imaginando cosas que una mujer no debe de pensar.

Pero ábreme la puerta, Juana, y no seas huraña, que desde aquí veo que estás escondida atrás de la consola en la que don Chuy te dedicaba boleros... ¡qué bonito te cantaba! ¿Por qué no me quieres dejar pasar? ¿Qué te cuesta abrirme para venirme a vivir contigo de una vez y ya no ser solos, ahora que nos quedamos viudos? Ábreme, para que te acuerdes cómo volver a serle útil a un hombre. Ábreme, para que le cosas el botón a este pantalón y ya no andar amarrándomelo con un mecate. Ya no me corras a cubetazos ni me avientes las macetas de latón. Ábreme el portón, Juanita, y te vas a acordar de mí. ¡Palabra!



PITIRIASIS ALBA

Esta condición crónica que predomina en niños recibe su nombre por las delicadas escamas furfuráceas y la palidez dispuestas en forma de parches en las mejillas, debido a exposición solar o alérgenos en pieles delicadas o secas, y no, contrario al conocimiento popular, a deficiencias nutricionales, higiene deficiente o pobreza.

Me acostumbré a levantar los pies cuando Felipe pasa sombrío y majestuoso, barriendo la sala y ocultando el polvo en una pequeña montaña de tierra bajo la alfombra. Luego sacude los trofeos de latón con un trapito sudado y prende la chimenea con varitas de romero, impregnando este castillo que es mi casa de un aroma de hogar. Nunca pensé que cuando te mueres tus manías se vuelven tu modo de vida. Y es que desde que Paola, la muchacha que ayudaba al aseo de la casa, decidió que era momento de cambiar de aires, seguir sus sueños e irse a la escuela de sobrecargos, nos dejó con una nube de mugre y una serie de labores domésticas que, sinceramente, me daban mucha modorra empezar.

Afortunadamente apareció Felipe, el fantasma que vive en mi casa. Su obsesión por la limpieza y el orden, y una enorme culpa, no le permitían liberarse de todo: de nosotros y de él mismo. La primera vez que lo vi, intentó asustarme. Él estaba envuelto en mi sábana de polar con dibujos de carritos de colores y caramelos y brincaba dando alaridos en mi cuarto, como si le cantara el "tingo li lingo". ¡Me dio tanta risa ver que se cansó, se quitó la sábana y se sentó a llorar en el piso! Ese día me platicó que no estaba encerrado en la casa, que él se había quedado ahí para que no lo viera nadie.

—Mírame la cara. ¿Verdad que estoy horroroso? —se acercó a donde le pegaba el sol de la ventana, haciéndolo ver aún más transparente.

—¿Qué es lo que quieres que te mire? —dije.

—¿Que no ves lo deforme que estoy? Todo mundo lo notaría allá afuera. Mira esas manchas polvosas como jiones que me llenan la cara, mi nariz de bola, estoy pelón y tengo los cachetes pálidos y caídos, por eso me pongo la sábana —era una cara normal y común, aunque quizá un poco sombría y algo bella—.

—¿Y quién te la va a ver?, si aquí no hay nadie.

—Por eso me quedo aquí encerrado, aquí nadie me puede ver.

Nos hicimos amigos. Me mostró los recovecos más hermosos de esa enorme y vieja casa y cómo llegar a ellos: por un vitral atrancado con unos palitos llegamos a un jardín secreto lleno de hiedras y saponarias que olían a animales muertos y mojados, fuimos al ático, atiborrado de baúles con fotografías viejas y disfraces antiguos de emperadores romanos, entramos por una escalera que estaba atrás de un librero y hasta me llevó a un cajón enclavado en la pared, donde apenas cabíamos dos personas hincadas, donde Felipe había pegado retazos de revistas viejitas e imágenes de periódicos en las paredes.

—Aquí es donde me gusta venir a llorar —dijo.

—Lo usaré algún día —le contesté sonriendo, pero ese día no sabía que realmente lo usaría cuando me despidiera de él.

A pesar de que es demasiado cursi, Felipe es muy divertido, bastante inteligente e interesante. En ese cajoncito, en cuclillas, me contó muchas historias de dragones y guerras, disfrutando galletas de chispas de chocolate con un vaso de leche fría.

—¿Has oído hablar de la marca del príncipe? Mira, tú la tienes y no te has dado cuenta. Eres todo un príncipe —cuando me pellizó la mejilla me contó la historia de un rey que dominaba un enorme territorio repleto de pueblos y gente que le tenía miedo. Pero él no quería gobernar a través de la opresión y ser recordado como un bárbaro, así que en cuanto tuvo a su primer hijo lo exilió siendo un bebé a la cabaña más hambrienta del reino, donde sería criado por una familia pobre y unida que le enseñaría la humildad y la comprensión. El pequeño príncipe creció entre la necesidad y el polvo, vestido con harapos y

caminando descalzo por el lodazal de la pobreza; sus padres adoptivos le enseñaron a trabajar y a ayudar a los demás: cuidaba las cabras de los vecinos, compartía el pan de chíá con los ancianos y hasta aprendió carpintería para hacerle una cama de tablitas usadas a su pequeña hermana.

Cuando el rey sintió que el aprendizaje había sido suficiente, decidió traer de regreso a su hijo, el joven príncipe. Los soldados lo buscaron por la marca, que sería clara: manchones blancos en las mejillas por el polvo atrapado en la piel imperial, hecha para los lujos y no para el hambre o el trabajo. Cuando lo encontraron, el príncipe era tan sencillo y tenía un corazón tan grande que no pudo abandonar a sus padres adoptivos y rechazó las riquezas, la nobleza y jamás regresó al palacio. El tiempo pasó y el rey, solo y triste, enfermó gravemente del corazón, así pidieron ayuda de los médicos de todo el reino, hasta que lo salvó un misterioso regalo. En una cajita de vidrio llegó ensangrentado un corazón que le fue inmediatamente colocado en el pecho; era el corazón puro del príncipe, que él mismo había sacado de su mediastino y regalado para salvar a su verdadero padre de la muerte. El rey jamás se enteró de dónde venía ese artefacto honesto –que el príncipe extrajo con calma de su pecho y acomodó delicadamente envuelto en telas de seda–, pero el imperio cambió: su reinado duró más de setenta años de paz.

A partir de entonces, se volvió el rey más piadoso y no hubo poblador que no lo adorara y viviera de la forma más feliz y digna en esta tierra. El rey fue recordado como Carlos I, el del corazón noble, aunque ese corazón no fuera el suyo. A veces pienso que Felipe sólo me contó la historia de cuando estuvo vivo y que él es el verdadero dueño de ese noble corazón...

A Felipe le gusta mucho montarse películas en su cabeza. Según él, la vecina lo ha visto cuando cuelga la ropa después de lavarla en el jardín y el comité de vecinos es en realidad un club

antifantasmas cuyo objetivo principal es descubrirlo para sacarlo del barrio. Felipe es muy divertido y le gusta hacer bromas, sobre todo a mis papás: se vuelve transparente, yo me aviento al vacío desde lo alto de los libreros y, justo antes de tocar el piso, me levanta por el aire, haciéndome caballito por toda la biblioteca mientras mamá grita aterrada y papá se desmaya por unos instantes; aunque otras veces es un espectro triste y lleno de llanto y culpas. Un día me enseña con la sabiduría de un monje el sentido de la vida y los venenos del mundo material, secretos que aprendió en un viaje por el Himalaya, cuando al parecer aún tenía cuerpo físico, y otro día, entre sollozos, como si hubiera tomado un galón entero de cocoroco, me contó la única vez que se había enamorado:

—Creo que... yo tenía como trescientos años de muerto cuando ella entró a la casa, agarrada del brazo de su marido; se habían mudado a esta casa de piedra que parece castillo con un ejército de sirvientes y cacharros, que salían en tropel de un camioncito amarillo. Clavelina no era exactamente el alma más pura y buena de este planeta, pero para mí era un ser casi perfecto: su caminar de gacela mostrenca, su cabello esponjado y rojizo que le caía en sus hombros cubiertos de olanes de seda rosa, y sus ojos redondos y naranjas le daban un soplo de maldad y sadismo —dijo suspirando mientras le brillaba la mirada.

También me contó cuando se encontraron por primera vez ese día de la mudanza: él bajando la escalera y ella subiendo, sus aromas se cruzaron junto a las miradas rijosas. “Buenos días, señora”, saludó él, “tenga cuidado con las cajas; lo que se le rompa, me lo repone”, dijo ella cruzando los brazos sobre su pecho. Ella no se había dado cuenta de que Felipe era un fantasma. Quizá en su torpeza, el color transparente de la piel le parecía más de enfermedad que de muerte: “No sé por qué eligen cargadores con tisis. ¡Mira que pálido!, seguro éste se

les muere cargando algo. ¿Y qué haremos si rompe la vajilla?”, le preguntó Clavelina tontamente a su esposo.

Por las noches, Felipe contaba los lunares pelirrojos de la espalda de Clavelina envuelta en su bata de seda transparente y los unía hasta formar constelaciones inexistentes en el universo y que lo hacían volar hacia una galaxia de amor y ternura. Hasta que un día, aprovechando uno de los tantos viajes del marido, decidió hablarle y ella contestarle. Después de tomar un ponche de huevo en la terraza a medio día, por la tarde, se llenaron de besos sobre la alfombra de la casa. El celoso marido de Clavelina no descubrió el engaño de su esposa, aunque tuviera investigadores y fotógrafos privados vigilándola; hasta que una fotografía de ella recostada en la sala, sola, desnuda y con los ojos desenvueltos, revelaba que algo extraño y paranormal estaba sucediendo. Lo único no revelado en la fotografía era la figura fantasmagórica de Felipe. Cuando el esposo la cuestionó sobre sus actos ilógicos en la alfombra de la casa, mostrándole la fotografía en la que aparecía sólo ella, descubrió que Felipe era un fantasma. Esa noche, el matrimonio salió repentinamente de la casa, sin aviso, sin ruido, dejando los muebles y los cacharros y llevándose a todos los sirvientes en el mismo camioncito amarillo... Sentado en esos antiguos muebles de Clavelina y su marido, que han permanecido intactos desde entonces, me contó esta historia.

Ayer Felipe se fue de la casa. Como todos los que habitamos aquí queremos algún día irnos a conocer el mundo y seguir nuestros sueños, tal como lo hizo Paola, que ahora es aeromoza y viaja dos veces al mes a París y tiene un novio en República Dominicana que, según sus cartas, huele a licor de anís y crema de coco. Pero el sueño de Felipe es encontrar al fantasma de Clavelina, que posiblemente esté vagando por el monte de los avaros, los tontos o de los infieles, para decirle no sé qué tantas cosas. La verdad es que aún la quiere y desea volver a verla al

menos para regalarle una bufanda de lana que él mismo tejió con sus manos y que le ha guardado todos estos años.

Ahora ya estoy aquí, en cucullas, en el cajoncito donde a Felipe le gusta llorar y a mí hacer la tarea con él, escuchando música y sus historias divertidas, mientras me rasco la comezón que me causa el polvo atrás de las rodillas. Creo que somos buenos amigos y me hubiera gustado acompañarlo en su viaje.

Algún día yo también me saldré de aquí para ir a buscarlo.



VERRUGAS VULGARES

Q uasionadas por una infección viral en las capas más superficiales de la piel, estos engrosamientos cutáneos producen proyecciones anfractuosas y duras de color gris en los dedos. Se les conoce vulgarmente como mezquinos.

Te voy a dar un consejo: nunca dejes restos de comida o migajas de pan en la mesa cuando vayas a dormir. ¿Por qué? Te contaré una historia.

Hace mucho tiempo, un viejo carpintero muy alegre y bastante popular tenía un gusto muy especial por el vino de Oporto. Era tanto su deleite que dejaba de trabajar por temporadas y gastaba los adelantos de los trabajos en botellas importadas de muchos reinos, que se terminaba como agua de grifo en un santiamén, sin probar un solo bocado de alimento. Poco a poco fue perdiendo renombre, fama y trabajo y, por supuesto, el dinero comenzó a faltar. Entonces, preocupado, comenzó a trabajar durante largas jornadas de noche para intentar recuperar su oficio, su fortuna y su familia, en ese orden; día y noche trabajaba sin dormir, sin comer y sin bañarse. El cansancio lo estaba matando, pero debía entregar los pocos encargos que le otorgaron, más que como prueba de su capacidad, por compromiso, como arreglar el ropero azul de roble al carnicero de un pueblo vecino.

Fue cuando pidió ayuda a los duendes de la madera. A las ocho de la noche debía cantarles una canción para niños y colocar unas rebanadas de pan cubiertas con mermelada de frambuesa junto a sus herramientas. Los duendes trabajaban pocas, pero vigorosas horas a cambio de migajitas de pan y restos de jamón ibérico de la mesa; eran muy trabajadores, pero bastante traviosos. Sus cantaletas y risas se escuchaban como una escuela tenebrosa de párvulos a media noche, en su pequeña casita junto al río, la única iluminada a esas altas horas de la madrugada. Pero los juguetones duendes debían siempre regresar a su castillo de madera inmaterial bajo la tierra, por la mañana. Para eso, el carpintero debía recoger y limpiar perfectamente cada miga de pan y cada resto de comida de la mesa. Al no haber más comida los duendes hambrientos huirían a buscar alimento en el jardín, comiendo lombrices o cochinillas para saciar su glotonería.

Una noche, después de entregar el ropero azul al que le pintó unas flores de azahar blancas en las puertas de los cajones interiores, recibió como regalo de agradecimiento del carnicero una botella de vino, tan azul que el aroma huía de la madera del corcho hipnotizándolo para beberlo completo junto a unas tapas de pan y queso mohecido que compró en la tienda con las únicas monedas que tenía de su paga. Al fervor de la bebida y la alegría de recuperar su trabajo, cantó la canción de los duendes, con voz divertida y tropezando las corcheas con las sílabas:

*Duendecillos de la madera,
muevan sus manos carpinteras,
canten sus rondas y brinquen sin cesar.
Y si siguen comiendo al amanecer,
se quedarán hasta la primavera.*

Al terminar la estrofa, su nariz fimatosa cayó de lado en la madera de la mesa de la cocina y descansó toda la noche, dormido sobre la silla, dejando los restos del vino, del queso y las migajas del pan en un reguero sobre la mesa. El viento abrió la puerta y junto a él entraron, uno a uno, catorce duendes de la madera, que poco a poco comenzaron a trabajar como obreros empequeñecidos: lijaron las astillas de las tablas del piso, barnizaron algunos anaqueles roídos por las termitas y hasta atornillaron unas sillas del comedor, que estaban flojas.

Al terminar su trabajo, se acostaron a comer y beber sobre las barbas del carpintero, cantando sus canciones de niños siniestros y agotando todos los restos de comida. Cuando no hubo una sola migaja, aún hambrientos de tanto trabajo, como ya habían probado alimentos, quisieron continuar ejercitando sus mandíbulas y sus diminutas muelitas e intentaron comerse la madera, pero era muy dura y se quedaba entre sus colmillos... Las barbas del carpintero les parecieron muy ásperas y los clavos del piso eran demasiado fríos. Entonces, vieron la

mano extendida del carpintero, que sostenía aún la botella del vino azul: sus llamativas uñas llenas de mugre en la punta se veían succulentas y llamaron a sus narices, porque el olor era exquisito. Comenzaron a morder poco a poco los dedos de la mano derecha y con cada mordida hundían la suciedad, macilla y los restos de astillas atrapadas entre sus muelas, dejando unas abultadas papilas de madera e inmundicia en la carcomida piel de las manos, que crecían con cada mordisco.

La noche terminó y cuando la luz de la mañana despertó al carpintero, descubrió en sus manos unos bultos verrugosos de carne y madera que dolían como si tuviera los dedos espina-dos con astillas de arce. Rápidamente lavó sus manos con agua y lejía, pero seguían ahí. Intentó arrancarlas con sus afiladas pinzas, con las que corta los alambres, pero cuando lo intenta-ba, las verrugas dolían mientras sangraban. El viejo carpintero intentó de todo y cuando no pudo más, se sentó a llorar. Y al enjuagarse los ojos con los dedos llenos de cayos grises, se dio cuenta de un botellón de azúcar glas roto y de que sobre el estante había numerosas pisaditas suaves que denotaban una fiesta nocturna.

La idea apareció como las estrellas en el ocaso: hacer tra-bajar a los duendes de la madera en sus manos de astillas, y así lo hizo. Esa tarde tiró todas las botellas, todos los rastros de co-mida, el frasco de mermelada de piñón, hasta el tarro de miel y, sobre todo, se deshizo de los panes dulces de la vieja panadera. Por la noche cantó la misma canción: "... hasta la primavera" y cuando terminó, cerró los ojos, se dejó caer en la mesa, como si fuera una marioneta de madera y los duendes entraron por el mismo pequeño agujero del vidrio roto de la ventana de la sala. Los catorce comenzaron a trabajar en las verrugas de madera del viejo carpintero.

Primero las serrucharon, luego las desgastaron con una pequeña lija que traía cada uno en sus graciosos pantalones y, al final, barnizaron tan bien sus manos que las uñas brillaban

frente a la luz de las estrellas que se colaba por las ventanas. Los duendes terminaron y buscaron comida en cada estante, abrieron cada cajón y hasta rompieron unos tarros viejos y enmohecidos, sin encontrar una sola migaja. Revisaron cada plato, pasaron sus dedos por cada vaso limpio de la alacena y hasta lamieron las cucharas, esperando restos de jalea o de alguna confitura. Al no encontrar comida, cantaron una última canción... guardaron sus pequeñas herramientas en sus bolsitas rojas y salieron por el mismo hueco de la ventana, para nunca más volver a cantar en esa casa.



MÚSCULO PILOERECTOR

*E*n la profundidad de la piel e insertado en la longitud de un pelo, se encuentran los diminutos músculos que al contraerse erizan la piel de los mamíferos ante estímulos intensos como el placer o el miedo.

Me gusta contar las vueltas que da el perro en la cochera de tu casa cuando me recibe enloqueciendo su cola enroscada; siempre lo hace en múltiplos de tres. También me gusta pasar la tarde del sábado viendo en tus ojos el reflejo de la avena caliente que recién preparaste y después el de una película, pero no me gusta despedirme de ti aferrado a la puerta, porque me avergüenza que notes que te abrazo nueve veces cuando pongo mis brazos y mi llave en tu cuello, y que cuando suelto el picaporte, me regreso para despedirme con un beso, repetidas veces, también en múltiplos de tres.

Debes saber en secreto que repito nuestra despedida para alargar el último momento juntos y así recordarte tantas veces como sea posible, por si esa fuera la última vez que me despido de ti, no me arrepiento de haberlo hecho mal. Es que cuando estamos iluminados por la media luz azul de la televisión, sintiendo cómo el viento de la lluvia danza con las cortinas, procuro que no veas mis lágrimas que provocan la paz de sentir tus latidos burbujeando desde el pecho y tu voz resonando con palabras que articulan las cosas que te hacen sonreír; y mi corazón dice tu nombre mientras mis manos frotan tu cabello, escucho tu risa, la real, la que nadie más escucha y siento *kaif*. Tampoco te he confesado lo que significa esa palabra que me haces sentir, pero te la contaré con una historia.

Aún era un niño y esa semana no había practicado lo suficiente para la clase de violín. Pasó eso que sucede cuando dejas que el tiempo corra y las cosas fluyan sin rumbo, que tus responsabilidades pasan desapercibidas y te dejas llevar como cuando no hiciste la tarea y ese día visitaba a tu escuela, inesperadamente, el presidente de México, un niño se perdía en la excursión del museo interactivo, tu mejor amigo se rebanaba la falange de un dedo con el *cutter* o era el cumpleaños de la directora y a todos les importaban más los adornos del patio, tanto que se olvidaban de la maqueta del sistema solar. Ese día de suerte, caminaba por los pasillos mojados de canciones en

la escuela de música y el eco de los instrumentos afinándose no me despojaban de la idea de que nadie se daría cuenta de que no practiqué. Cuando entré al minúsculo saloncito, donde apenas cabíamos mi maestro y yo o mi estuche y el maestro o mi estuche y el atril, sin mi maestro, me encogí para entrar en el rompecabezas del cuartito, en el que lo único que quería que no cupiera era el olor a culpa que al final me delató; pero él ya sabía que yo no había practicado y me di cuenta de que la clase sería diferente.

—Hoy vamos a aprender a disfrutar el café —sacó de su maleta un termo de peltre golpeado, dos pequeñas tacitas de porcelana rusa y dos trufas de chocolate negro.

Cuando tomamos el café, me enseñó que aún con el sorbo de expreso entre los labios debía morder la trufa, para mezclar sus sabores y fundir los aromas.

—¡Ah...! —dije mientras el sabor del café con chocolate amargo erizaba los pelos de mis brazos.

—*Kaif* —dijo él.

Ese día aprendí la palabra más hermosa del mundo: *kaif*. He de confesar que no sé si la escribí bien, porque aún no sé si existe, si él la inventó o si está en un idioma que aún desconozco, pero te la explicaré con algunos placeres cotidianos...

Por ejemplo, piensa en el camión que te llevaba a la secundaria: ruta 20. Tomaste un vaso con agua y luego un licuado, tu único desayuno de dos vasos o lo que le cabía a la licuadora. Te estás haciendo pipí... es mucho. Ya sientes escalofríos, te tiemblan las piernas y los pelos de los brazos se erizan. Llegas a la escuela y, sin dejar aún tu mochila, corres al baño. No te importa qué tan limpio esté el sanitario, abres el cierre, te bajas el pantalón y empieza a salir de tu cuerpo la orina, chocando

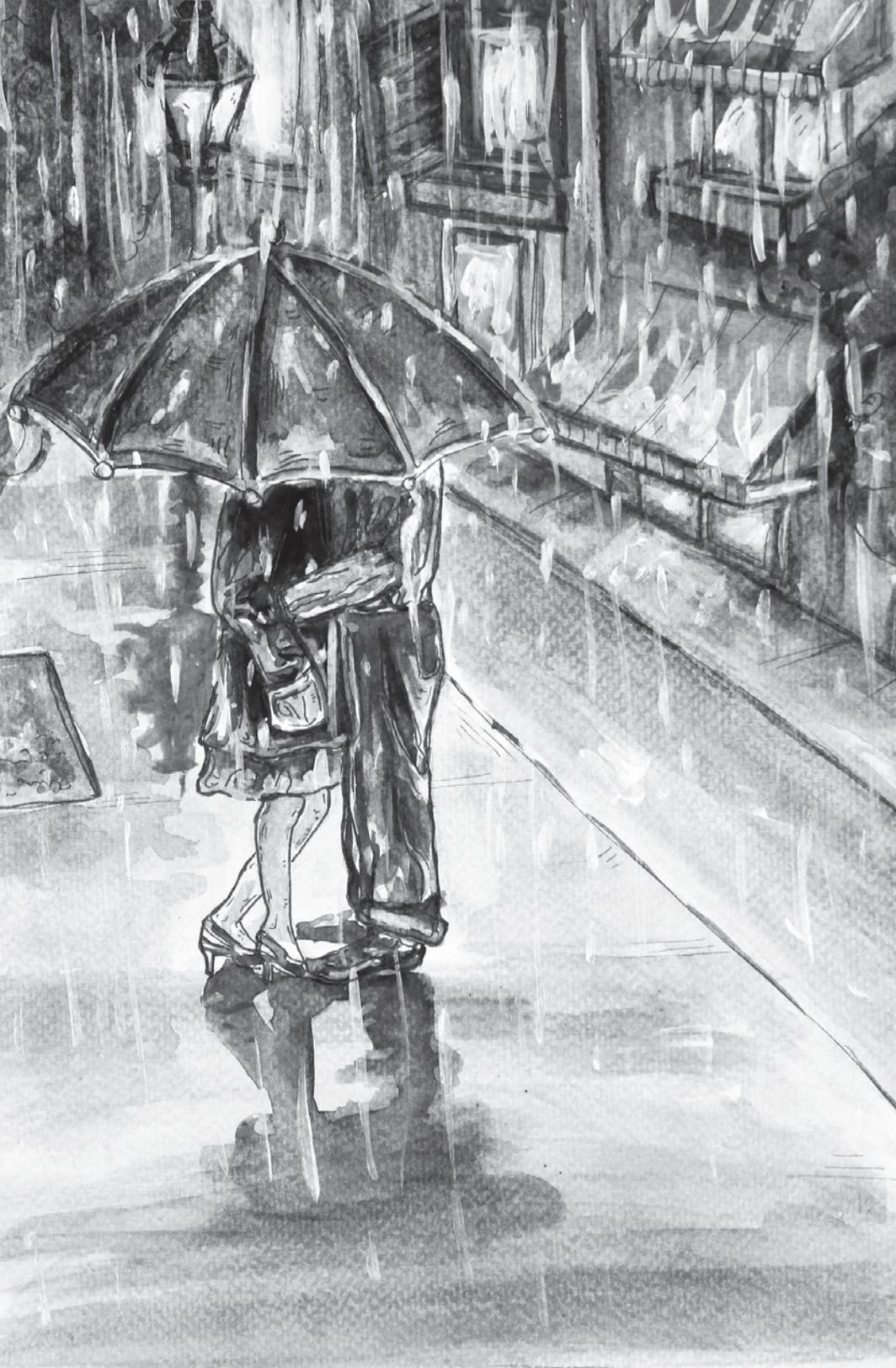
con las paredes del mingitorio. Sientes un tirón caliente en el sacro, luego en la pelvis, escalofríos, después suspiras y sueltas el aire, poco a poco, de entre tus labios: ¡Ah... *kaif!*: pequeño placer... caminas con tus audífonos. El olor a tierra le anuncia a tu piel que empieza a llover ligeramente, caen pequeñas gotitas de agua acaloradas por el sol de un verano húmedo, coladas entre las hojas de los fresnos, mientras andas quietamente con la música que más te gusta. De pronto, un corno francés cambia a escala menor en la parte que más disfrutas: *kaif*, pequeño placer que te hace repetir la canción a ese magnífico momento porque no la sufriste lo suficiente.

¿Has sentido mucha sed?, esa sensación de sequedad en los labios partidos por la sal del sudor recorriendo tu cara una tarde de julio. Ahí es cuando te das cuenta, cuando tragas con los ojos cerrados, de que el agua tiene sabor. ¿Por qué el agua tiene un sabor diferente cuando tienes sed? La última y la más bonita: te extrañaba. A quien quieres con todo tu corazón y cuando por fin se vuelven a encontrar después de horas, días, meses o años sin verse, sin hablar, ves sus ojos tristes, sus pechos desordenados y no entiendes por qué se ha ganado todo tu amor, tus pensamientos y tu tiempo; toma de tu mano mientras tiembles sin querer y junta sus labios con los tuyos... la fría humedad de su lengua... el olor de su piel... el calor de su cuerpo. Cierras los ojos y *kaif*...

Kaif es una palabra que significa placer, un placer elemental y simple por la vida cotidiana, la que otorga la paz del equilibrio, el de cenar en casa acompañado y saber que estás a salvo; el goce de lo básico y sencillo que nos hace humanos. *Kaif* es entregar el cuerpo a sensaciones, libre de pensamientos y castigos mentales: ver un atardecer, mirar las olas del mar golpeando los pelitos de tus piernas, arrancar el pasto con los nudillos, escuchar el sonido del agua caliente corriendo en la regadera mientras llueve del otro lado de la ventana, el olor a lluvia y a pan recién horneado, el recuerdo del abrazo de tu

abuelo, un café con leche, tu cena favorita... Es liberar las sensaciones, cerrar los ojos, abrir la boca y arquear en una sonrisa los labios.

Es dejarse llevar por el cuerpo, por el corazón, y cumplir para lo que fue creado el hombre, alimentando ese cartón en el que está habitando nuestra alma, esa que estoy seguro que tú y yo compartimos. *Kaif*... lo siento cuando me miras, cuando te abrazo y también cuando me despido de ti, siempre en múltiples de tres.



HIPOTÁLAMO

*G*lándula asentada en una pequeña porción del cerebro de apenas cuatro centímetros cúbicos que produce hormonas y neuropéptidos, sustancias capaces de controlar funciones elementales como la generación de calor en la piel, la sudoración, el control hormonal e incluso influir en la conducta humana.

Al sur de Francia, una ciencia nueva nació. Encrucijado y cruel destino llevó a un joven anatomista a la cura de todo mal. Con hábiles manos abrió cuerpo tras cuerpo, pero solo en la cabeza de su amada el brebaje consiguió y bajo su cama, el desquiciado científico la receta escondió. Pocos no fueron los aventureros que quisieron encontrarla. El mal venció y uno solo fue capaz de hallarla, pero junto al milagroso hallazgo, la paz de la Ciudad de las Luces pereció.

Use un cadáver para solo una ración:

Paso 1. El sujeto fallecido previamente en decúbito prono debe ser rasurado completamente de la cabeza. Procure afeitar todo el cabello, si no, el brebaje sabrá un poco a vellos. Recuerde que la cabeza del cadáver debe estar intacta, libre de cualquier golpe. Dibuje con un trozo de carbón una línea que cruce la calota, desde una apófisis mastoides hasta la otra, y haga un corte seguro y profundo.

Los violines tocaban en un éxtasis cadencioso. “*Le triomphe de l’amour*” encabezaba las partituras de los atriles de latón antiguo. En el segundo balcón, madame Margot agitaba fuertemente su abanico rosado con su enorme mano derecha, mientras la izquierda amoldaba discretamente la faja disneizante de su vestido, por debajo de sus pechos. A su lado, su hijo Pierre Garzone miraba sonámbulo entre las traviesas y estrambóticamente delgadas bailarinas, revoloteando de un arbusto de cartón a otro, en torno al ritmo de la orquesta, mientras su corazón de ciencia volaba ante la cadencia del alma perdida, en algún sitio de sus cadáveres.

En su sótano, que también servía de laboratorio, bodega, armario de los viejos recuerdos de su madre y cava de una pésima colección de vinos, la noche previa, entre mohosas paredes de piedra, rodeado de inventos surrealistas que caminaban solos, enormes vitrinas adornadas con frascos

que guardaban ojos, manos y cabezas enteras, máquinas que chispeaban humo, quimeras de los más extraños animalarios enjaulados, suturados a miembros de otras especies tropicales y domésticas ratas que corrían por entre los rincones bajo sus pies, ahí, Pierre había trabajado hasta altas horas con la joven vecina Ginny.

Desde pequeños, él mantenía más que una hermosa amistad con ella. Ahora él la tenía reclinada sobre el inmenso escritorio de nogal del centro del laboratorio y una larga cortadura abría su interior, desde su delicado pecho de flor de liz hasta su perfecto ombligo. El olor a bella mujer putrefacta llamaba a diminutas moscas bailarinas con disfraces turquesa brillante y ojos saltones, que venían a comer, defecar y fornicar sin pudor alguno sobre el cadáver de Ginny, quien había sido atropellada por el carruaje de un embajador ruso, casi dos semanas atrás. Según un viejo libro de un catedrático de la universidad de Viena, Pierre debía encontrar, sostenida por un par de nervios, el alma de los accidentados sobre el diafragma, en un tejido brillante al que nombraban espejo de Van Helmont. Sorprendido por la náusea, solo encontró algo que más que brillante parecía gelatina viscosa, un nido de huevecillos de insectos que lo hizo vomitar más de una vez, delicia de las ratas gordas de su laboratorio.

Los gritos sorprendidos de su madre trajeron a Pierre desde el esbelto cuerpo descompuesto hasta la butaca “3” del segundo balcón del teatro. El súbito y ensordecedor silencio atrapó el escenario: en el tercer movimiento, la zapatilla de la bailarina principal se desabrochó y al realizar un *fouetté* pisó los cordeles, cayó sobre la nuca y no volvió al revoltijo de las otras hadas de mar. Las buenas ideas siempre vienen de la mano con la desgracia. Fue así que, al ver convertida la gracia de una ninfa encantada en el parálisis marmóreo de una gárgola, supo que el anhelo del alma se escondía bajo la cabellera. Sin más, tomó sus gafas, olvidó su abrigo y a su madre y regresó a los pies de

su amiga muerta, a quien besó dulcemente en la frente, alborotando la sociedad de las moscas verdiazules y con su escalpelo preferido, el del mango de plata, y abrió de un solo corte el cráneo rubio de la joven.

Paso 2. Al abrir se topará con ambos hemisferios, que puede sacar de forma sencilla, jalándolos fuertemente, o extraerlos con anterioridad por la nariz, ayudado de una pinza de disección. El líquido que encontrará debe ser tan claro como el agua, si no es así, agregue un poco de licor de naranja al cráneo abierto hasta que lo rellene. No olvide inclinar al cadáver después de dos días, para que el licor salga.

Un rizo castaño cayó sobre la frente sudada de Pierre mientras que, con dificultad, jalaba dos esponjas sonrosadas y muy pequeñas de la abierta cabeza. “Parece que no era muy brillante”, pensó. Las colocó sobre una sábana blanca manchada de la ajenidad de sangre oxidada y, examinando con un monóculo roto, se sentó sobre una pierna sin saber si era suya o de su amiga. Sin nada descubierto más que coágulos y venas apachurradas, con sus afinados dedos separó las esponjas pegadas, como rompiendo una nuez, bañando sus labios de los pensamientos de la muerta, cubiertos en más líquidos viscosos. Entonces, sus ojos brillaron, su mente dio vueltas, sonrió y saboreó su labio superior. Su risa engreída y maliciosa se unió al coro de chillidos de sus mascotas, componiendo una sonata tan desagradable que diluyó las nubes que tapaban la luna llena.

Paso 3. Después de obtener el cuerpo de lo que el gran Galileo llamaba tálamo, encontrará bajo el mismo un muy pequeño bulto de aspecto encantador. Sepárelos y tritúrelos con mosto en un mortero de porcelana china. Después de moler por varios minutos, agregue la mezcla obtenida a una botella de vino, preferiblemente que sea cosecha de los prados Elíseos.

Con maquillaje grotesco cubriendo suturas, una enorme peluca en lugar de cerebro y adornado con un enorme lunar amoratado sobre los labios, Ginny parecía dormida, el día que

Pierre la enterró en un hermoso cajón azul pastel, su color favorito, cubierto de azucenas de campo pintadas a mano. Todo el pueblo asistió a la ceremonia, incluso aquel ruso del carruaje asesino, gritando y hurgando su nariz durante las oraciones. Dichoso por su descubrimiento, regresó a otros inventos, apartó las esponjitas rosadas y, por falta de formol, las guardó en una vieja barrica de vino. Después de limpiar su laboratorio por primera vez y matar a una acaudalada familia de enormes ratas, mientras escribía los descubrimientos del día, se quedó dormido como nunca antes en su intelectual vida.

Al día siguiente, los rayos del sol matutino despertaron a la enorme Madame Margot, quien en un camisón amarillo paja dejaba ver sus robustas piernas, buscó a su hijo en su habitación y al ver que no estaba se enfureció. Bajó hasta el laboratorio y dijo:

*Retoño mío, duermes poco,
encerrado te veo menos.
No me parece ser un loco,
pero vives como los reos.*

Con enorme sonrisa orgullosa, Pierre, rápidamente contestó:

*Madre, el sitio del alma he hallado.
Gran desvelo y trabajo me ha costado.
Siéntate aquí, junto a mi banco,
te invito una copa de vino blanco.*

Las copas ucranianas de cristal fortificado se llenaron de vino espumoso, pero algunas veces el destino, aburrido de lo cotidiano, juega pesadas bromas y la barrica de la que salió el elixir era la del cerebro de la amante marchita. Ninguno de ellos se dio cuenta del horror cometido. Y es que el sabor se volvió tan delicioso que Margot, la madre, no paró hasta llenar

sus cabellos de flores, caminar de lado, hablar con groserías y cantar tonadillas de burdel.

Decía mi tatarabuelo Emile, vecino de la familia, que, desde la noche del vino, ninguno de los Garzone volvió a ser el mismo. Es que el efecto de los licores de Ginny fueron tan fuertes, que inapetente redujo la grasa de los muslos de Margot y dio tanto alimento a su libido, que una noche de desvelo murió en el tálamo del embajador ruso, mientras ambos, divertidos, jugaban juegos de amor.

La pronta muerte de Margot no fue vista con desagrado por Pierre. Heredó gran fortuna, visitó el teatro y el camerino de cada una de las bailarinas, compró zapatillas y ropas nuevas y tanto olvidó la ciencia, que enterró a Margot en cuanto murió, sin interesarle abrir un poco su bien nutrido abdomen para conocer un trocito de su intestino. De ser un joven robusto y rojizo, enflacó esqueléticamente, se volvió blanco como el papel y enormes ojeras negras enmarcaron sus ojos apagados que, por la moda de aquellos tiempos, lo volvieron el irresistible galán escuálido de ese pequeño pueblo francés.

Ahora no había dama que no probara los labios de Pierre, su libido se agravó a tal grado que terminó sus días en prisión, por haber violado a Camille, la hermana menor de Ginny, en una noche de fiebre. En la cárcel también fue el centro de atención... es que los siguientes síntomas del vino de la amante divertieron a internos, carcelarios y hasta visitantes. Pierre no aguantaba la resequedad de su garganta y sus labios secos y partidos lo obligaban a tomar gran cantidad de agua que ni los retretes tenían suficiente para saciarlo. Varios años después murió, no sin antes aparecer su rostro en los periódicos de toda Francia, como el galán loco que murió soltero, rico y solo.

Paso 5. Deje reposar el vino medio año en barrica y solo dos semanas en botella. Sírvasse un poco frío; le recomiendo congelar con hielo de los Alpes, ya que es más duradero.

Bajo la cama del anatomista, estuvo oculta la receta de Pierre. Más de un siglo pasó, hasta que los científicos descubrieron la historia del vino y cómo muchos locos buscaron sin poder toparse con la receta mortal. Sin embargo, nadie conocía el lugar exacto de la antigua casa de los Garzone, pues el pueblo cambió tanto, que solo mi tatarabuelo conoció la mansión intacta.

Alfonso Chaine, psicólogo parisino, viajó a una ciudad del sur de Francia a investigar el efecto de la brisa austral sobre las mentes lunáticas asesinas. Olores extraños atosigaron su nariz cuando llegó al único hotel de un pueblo de prostitutas y cabarets. “Habitación 23”, dijo la voz aguardentosa de la anciana que lo atendió en el vestíbulo atiborrado de helechos. Con la columna desviada a la izquierda, la anciana le ayudó con dos maletas de piel de cocodrilo, subió con ellas tres pisos y las dejó caer frente a una puerta de madera mal pintada, introdujo una llave al cerrojo chillón y abrió. Alfonso se quedó solo en la habitación, que era oscura y maltrecha; los retratos ovalados de personas desconocidas parecían saludarle desde las paredes verdes. Una cama de latón era, junto a la cajonera de la esquina, el único mueble de la recámara. Cansado del viaje, se sentó en el lecho, aplastando la cola de un gato que dio un maullido agresivo y corrió bajo la cama. Obsesionado con el comportamiento del animal, se asomó al escondite del gato y ahí, junto a un par de ojos brillantes, encontró una caja de cartón empolvada, mientras los maullidos le precavían del peligro.

Nota. Debido a que algunos efectos adversos son desmedidamente intensos, antes de beber toda la botella, tome en ayunas una cucharada del licor, durante dos semanas. Recuerde que el cadáver que será usado debe ser de aquella persona que cumpla con las medidas craneales especificadas en el documento anexo “Principios de frenología”, por el Dr. Garzone.

Alfonso tomó la caja entre sus manos, sopló el polvo vetusto y abrigador y, al no vencer a la mortal curiosidad que ni el gato tenía, la abrió. En ella, un pergamino bien enrollado con

un listón azul pastel para cabello, un pequeño libro escrito a mano, al cual le faltaban muchas hojas, un escalpelo oxidado y un boleto de entrada para una obra de ballet, con fecha del 25 de marzo de 1746, autografiado al reverso por la bailarina principal. Tres meses hicieron a Alfonso darse cuenta de que su teoría sobre el efecto de los vientos del sur era real, que eran inocuos para los enfermos mentales, entonces tomó su maleta, guardó en ella la caja del Dr. Pierre y, después de saldar su deuda con la anciana, ahora inválida, volvió a París.

París no estaba en su mejor momento, comenzaban a llegar ideas inglesas sobre liberalismo, ideas rusas sobre el socialismo y las francesas solo se daban el lujo de viajar a América. En un viejo cafetín, Alfonso comenzó a leer tranquilamente el pergamino que parecía una receta para una bebida, típico en las tierras bajas de Francia; sin embargo, sus ojos crecieron al ver el sello de la familia Garzone al final de la hoja.

Para conseguir cadáveres, Alfonso abrió una funeraria en el centro de París. Cada difunto que aparecía debía ser llevado a la morgue de su empresa, para ser embalsamado midiendo sus cráneos y abriendo solo aquellos que poseyeran el área de las aspiraciones proyectada y de gran tamaño, que, de acuerdo a sus estadísticas, era más común en mujeres burguesas. Así pues, creó un programa de servicios mortuorios femeninos de “gran delicadeza, elegancia y excelente precio”, según decían los volantes repartidos por toda la ciudad.

Para 1853, inició a producir el vino de manera comercial. Clandestinamente vendía dos o tres garrafas al mes a precios exorbitantes, suficientes para mantener sus necesidades primordiales. Las mujeres muertas de manera natural ya no eran las suficientes como para aumentar sus relaciones comerciales, así que acudió a su viejo empleo de psicólogo, creando psicosis en asesinos y alentando a suicidas a cumplir su cometido; incluso trabajó por un tiempo de partero, cometiendo errores deliberadamente, que terminaban convirtiendo el nacimiento

en funeral. Enorme satisfacción llegaba cuando aparecía un nuevo cadáver en su negocio, celebrando cada uno con una profunda saboreada del vino de la amante. En París se vivía con terror: hombres y ancianos no salían a las calles por temor a los asesinos y las mujeres procuraban abstinencia para no quedar preñadas.

Su nueva fortuna lo llevó a la curiosidad de iniciarse en el placer de la cata de vinos, comenzando con el de su empresa, y en lugar de sufrir los síntomas de Margot, llegó a desarrollarse en él una adicción tremenda a ese néctar, acompañada después de un inmenso dolor de cabeza. A pesar de que cada trago hacía que un dolor creciera, cada botella se volvía más irresistible. Muchos doctores tuvieron la oportunidad de analizarlo, observando que su cabeza parecía más abombada y le protruía tanto la nariz que parecía ir olfateando cada momento de su vida. Los dolores eran tan fuertes, que le causaban un delirio que lo sacaba de sus casillas, lo hacía caminar en cuatro y parecía demente.

Cada día, muy temprano, Alfonso se despertaba con mirada maliciosa y corría desnudo frente al Arco del Triunfo, degollaba gallinas o robaba panecillos. En un arranque de locura, prendió fuego a su casa, quemó la puerta y no logró salir. Tanto él como sus descubrimientos ardieron en una enorme flama que iluminó una romántica madrugada de París. Su carbonizado cadáver fue a dar a aquella funeraria del centro, atendida ahora por su discípulo, el joven Gall. Él fue el único que pudo ver la caja del Dr. Garzone, solo que no le interesó la receta, robó el libro deshojado y regresó a su natal Alemania, donde comenzó a estudiarlo. Después de una autopsia a la cabeza calcinada de Alfonso, se descubrió que el consumo de cadáveres viejos le ocasionó una meningitis que lo mató entre delirios y pesadillas.

El jugo de hipotálamo fue olvidado por el nacimiento de otras ciencias. Las hojas que le faltaban al libro eran unos bosquejos del rostro muerto de Ginny, la fiel amante de Pierre,

a quien terminaron rellenando, tristemente, junto a la peluca ridícula y el maquillaje grotesco... ese cráneo que enterraron en 1746.



POLIOSIS

*L*a ausencia de melanina en el folículo piloso ocasiona pelos color gris o blanco que aparecen de forma difusa o se presentan en un mechón aislado, conocido como poliosis, que puede estar o no asociado a enfermedades genéticas o autoinmunes.

Antes de tener gatos me gustaban mucho los perros, pero esa personalidad tan complaciente hace imposible que vivan en mi casa, porque en el closet vive un eso. Los esos son monstruos muy fuertes y su aspecto peludo y temible, además de su tamaño (algunos miden hasta tres metros de alto), los hace ser muy solitarios; todo el tiempo buscan caer bien, te hacen chistes que te matan de risa de tan malos que son, doblan y almidonan tus camisas y, cuando les tienes confianza y los dejas salir, preparan postres agridulces maravillosos. Pero con los esos hay que saber poner límites, también con los aquellos, pero esa es otra historia.

Te platico: teníamos una perrita que se llamaba Rigoberta. Era preciosa, una dálmata enorme que sonreía cuando la acariciabas y le gustaba comer huevos duros en la cena, dormir sobre mis pies y jugar a la pelota. En ese tiempo, los perros estaban acostumbrados a salir de casa porque aún no existía el Robaperros, que los usa para preparar comida China; así que cuando Rigoberta desapareció, no nos preocupamos hasta el segundo día.

Mi eso ha vivido en casa desde que tengo memoria. Dicen mis papás que cuando nació y construyeron la casa, vieron como las morusas de pelusa y el pelo que se le caía a papá, poco a poco se fueron juntando hasta darle vida, que mide apenas dos metros y tiene un color marrón clarito en su cuerpo cuadrado, unos colmillos que le sobresalen de su boca amarilla y dos ojitos melancólicos. Su aspecto es terrorífico, pero es muy noble. Es tan bueno en matemáticas que me ayuda con la tarea de álgebra; me enseñó a tocar piano y leer música, y le gusta declamar poesía cuando se toma un Licor 43, viendo videos de música con mi papá. El problema con los esos es cuando eres demasiado complaciente con ellos, como lo fue Rigoberta.

Una tarde de enero, mi mamá entró a buscar pantalones térmicos al cuarto de visitas donde vivía el eso y Rigoberta la siguió, a pesar de que tenía prohibido entrar ahí porque sabíamos

que no se llevarían nada bien nuestras dos mascotas. Sucedió el flechazo: él se enamoró de Rigoberta y pronto se hicieron amigos. Él rascaba los pelos largos de las orejas de Rigoberta, le limpiaba el patio y a veces le preparaba corazones de pollo en jugo de carne; a cambio, la perrita le dedicaba conciertos de aullidos, le arrancaba los pulgones del cuerpo con los dientes y le ponía la panza para que se la sobara, mientras veíamos películas de artes marciales. La vida era perfecta, el problema fue cuando él se volvió más posesivo y egoísta con Rigoberta; se sentía su dueño, no se alejaba nunca de ella y hasta impedía que nosotros la sacáramos a su paseo vespertino, para ver el atardecer, y que mi papá hiciera un poco de ejercicio como se lo pidió el doctor. Me di cuenta de que las cosas no iban a terminar bien en el primer agravio a Rigoberta.

Ocurrió un martes por la noche, cuando acabamos de cenar medallones de atún que calentamos en el microondas. El eso y yo empezamos a recoger los platos y limpiar la mesa para ir a jugar videojuegos, mientras Rigoberta nos revoloteaba meneando la cola y ladrando por atención, caricias y sobras de atún. En un pequeño descuido, el eso aplastó con su pezuña de felpa la frágil patita de Rigoberta; la carga corpórea y monstruosa del eso reventó en un lastimoso grito de la perrita y en un aterrador sentimiento de culpa que lo dejó mudo por una semana.

Las cosas empeoraron una tarde lluviosa. Mis papás y yo llegamos del súper. La primera que se dio cuenta del crimen fue mamá, quien soltó sobre el piso la cacerola que acababa de comprar, haciendo un ruido extraordinario y despegándole su capa antiadherente... encontramos al eso acostado, dormido y triste boca abajo en el sillón; en su espalda resaltaba una mata de pelos blanco y negro sobre el color cobrizo natural que compartían mi papá y el eso. Parece que Rigoberta no sufrió ni tantito. Dice que cuando él se dio cuenta, apenas se la había tragado entera y que no aulló, no gritó ni gimió. Que en pocos

segundos dejó de mover su cola y poco a poco le salió el mechón de pelos blancos en la espalda.

Ahora solo tenemos gatos para que le hagan compañía. Dicen que los gatos quieren a los esos como debe de ser el amor entre los aquellos, los humanos, sin ataduras, aunque yo no estoy tan seguro. Cuando el eso intenta acercarse a ellos, a veces hacen como si él no existiera: lo evaden, maúllan como desquiciados y, algunas veces, mueren porque el eso les rasque las espaldas o por afilar sus garritas de alfileres en sus piernas. Al final, él aprendió a quererlos así: libres, sin domarlos, con sus maullidos atroces, sus colas largas como listones, su carácter independiente y su olor a peluche tibio. Espero que ellos lo hagan feliz con sus ronroneos, para que no se vaya de mi casa, me siga cuidando y sobre todo que no nos sorprenda con nuevos mechones de pelos de colores en su espalda.



MELANOMA

Tumor maligno de alta mortalidad derivado de las células conocidas como melanocitos que, para pigmentar la piel, inyectan melanina a otras células a través de sus proyecciones dendríticas, similar a un pulpo. Exposiciones ambientales como luz solar, radiación ionizante o contaminación aumentan el riesgo para desarrollar melanoma.

Francisco ya sabía nadar ese día que se metió desnudo al mar, varias tardes después de que se reventara el casco de un barco de petróleo y se vaciara completito en el agua, ennegreciendo la superficie del océano. El viento caliente de la tarde estival hipnotizaba el ritmo del oleaje, a la vez que secaba su cabello dorado cada que salía a la superficie a tomar aire. Estaba tan acostumbrado a la sal del mar que podía abrir los ojos sumergido en el agua para observar las merluzas y caracoles en el fondo, junto a los corales rosados, mientras el silencio del agua reventaba sus tímpanos y apretaba con un abrazo sus hombros, entre más se sumergía.

Esa tarde pudo tocar el fondo del coral con sus manos y alcanzó a ver un pulpo. No le llamó la atención el color negro de su piel brillante y lisa como un hule, pero sí la profunda tristeza que salía de sus ojos saltones que bailaban junto a los movimientos marinos seductores de los pequeños tentáculos. Intentó acercarse y el pulpo giró sus ojos color violeta, enormes y asustados, para buscar el movimiento que sentía en su cercanía. Cuando vio a Francisco, su piel cambió a amarillo claro, casi blanquecina y luego celeste, mientras hundía su ovalada cabeza con delicadeza en la arena. El molusco leyó los labios de Francisco cuando intentó decir “No temas” con burbujas guturales saliendo de su boca, que se reventaban en el agua mientras extendía su mano; entonces, el color del animal volvió a ser tan negro como el de los erizos. El pulpo se acercó lentamente y con sus ventosas tocó suavemente la morena piel del humano. Los tentáculos cubrieron con rapidez el antebrazo lampiño que se había dorado por el sol de la playa desde su infancia, en la que conoció y aprendió a admirar a los animales y la brisa del mar.

Recordó que de niño no soportaba verlos morir de hipoxia, con los ojos dolientes y asustados, dando bocanadas moribundas, cuando los pescadores los sacaban del agua. Cada mañana salía a la arena a buscar tiburones púberes perdidos en la playa repleta de algas podridas, envolturas de plástico y

botellas de vidrios de colores, para regresarlos cargados con su propio cuerpo a las aguas, mientras los ojos ausentes de los peces revivían y agradecían refrescarles la vida de nuevo en el océano. Pero lo que veía en los ojos del pulpo era diferente, más profundo y único, algo que lo unía con más fuerza al mar.

Cuando los tentáculos le cubrieron por completo la mano, Francisco sintió un pinchazo, pero el dolor del arpón ardoroso en el dedo meñique no lo asustó. El pulpo negro encogió los tentáculos sobre su brazo y se alejó, extendiéndose nuevamente muy lejos, dejando en su camino gotas de tinta violeta mezcladas con la sangre humana, mientras daba giros como olanes oscuros, divertidos y elegantes. Francisco lo siguió y el molusco lo llevó por caminos nuevos que ningún hombre conocía en el bosque de corales. La belleza del mar no le permitió darse cuenta de que el tiempo que llevaba bajo el agua sin respirar era insostenible para cualquier ser terrestre y que del pinchazo brotaba una mancha oscura brillante y lisa, tan lozana como el cuerpo del animal, elevada y tumescente casi por estallar. Bajo los rayos del sol que partían el agua, las algas verdes y los peces dorados y turquesas revoloteaban frente a sus ojos, mientras anémonas rosadas bailaban como esponjas, contrayendo decadentes su cuerpo al compás de las burbujas saladas.

Bucearon a la par. El silencio del agua y la belleza del vacío de la distancia los hacían sentir plenos, mientras la mancha negra crecía y se multiplicaba en talofitas oscuras alineadas en una fila recta dirigida hacia su axila derecha. El sol se iba dispersando y la luz disminuía. El pulpo negro le mostró un nido de manatíes y marsopas que les cantaban a ellos, a los besugos y al resto de los animales sumergidos en el agua. Los tiburones pardos nadaban en círculos sobre el sol moribundo de la superficie y las medusas ondeaban sus tentáculos transparentes paralelos a las olas... Advirtió que su cuerpo bronceado se tiñó de negro por completo, que de su cabeza brotaban astas

forradas de branquias rojizas y que en sus manos y pies una membrana casi transparente unía cada dedo con otro.

Entonces, descubrieron una cueva de corales afilados y arbóreos, y bajaron la velocidad de su nado; el viaje iba a terminar. Bajo el arco de la cueva colgaban doce sacos membranosos blanquecinos, cada uno con un par de ojos pequeños cobrizos. El pulpo se detuvo junto a ellos y descansó sobre una cama de anémonas cristalinas, como para vigilar desde ahí todo el mar visible. El animal estaba cansado, cerró los ojos y, de a poco, fue secando su cuerpo mientras se adhería más al suelo arenoso, hasta desprenderse en cenizas que se dispersaron en la brisa mojada y la sal marina.

Ya era tarde para volver. El cuerpo de Francisco le pertenecía al agua, como los cachalotes y las cigalas, como las perlas a un mejillón. Lo blanco de sus ojos se había teñido de negro, su respiración se sincronizaba al vibrar de las mareas por las branquias en su cabeza y decidió quedarse para, como las olas, proteger el mar, el bosque de algas y a todos los seres del océano de la crueldad de los hombres que vivían fuera del agua.



ATLAS
DE ENFERMEDADES
RARAS Y FANTÁSTICAS
DE LA PIEL

CUENTOS DE AMOR, TERROR, PIEL Y UÑAS

Primera edición 2024
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.